

CIRCULO MILITAR * BIBLIOTECA DEL SUBOFICIAL

VOLUMEN 86 (4- 1937)

EL ESCUADRÓN DE GIRONDE

(1914)

POR
RENÉ CHAMBE

VERSIÓN CASTELLANA DEL
MAYOR LEOPOLDO R. ORNSTEIN

REPÚBLICA ARGENTINA
BUENOS AIRES

EL ESCUADRÓN DE GIRONDE

CIRCULO MILITAR * BIBLIOTECA DEL
SUBOFICIAL

Volumen 86 (4- 1937)

EL ESCUADRÓN DE GIRONDE

(1914)

POR
RENÉ CHAMBE

VERSIÓN CASTELLANA DEL
MAYOR LEOPOLDO R. ORNSTEIN

REPÚBLICA ARGENTINA
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que

Prescribe la ley N° 11.723

CÍRCULO MILITAR

REVISTA Y BIBLIOTECA DEL SUBOFICIAL

Publicaciones fundadas por iniciativa de Teniente Coronel S/R. D. Justo E. Diana.
y editada bajo el patrocinio del Circulo Militar

COMISIÓN

Presidente..... Coronel D. Abel Miranda
 Vocal Director..... Teniente Coronel D. Armando Raggio
 Vocal..... Teniente Coronel D. Otto H. Helbling
 Vocal..... Teniente Coronel D. Antonio Paladino
 Vocal..... Mayor D. Ernesto Sylvester
 Vocal Mayor D. Ángel W. Escalada
 Vocal..... Capitán D. José Ruiz Monteverde
 Secretario..... Capitán (R.) D. Adolfo de la Riestra

DIRECCIÓN y ADMINISTRACIÓN: FLORIDA 770.-U. T. 31- 0333 (RETIRO)
BUENOS AIRES

*El libro de oro de la caballería francesa
no tiene página más hermosa que lo
que inscribió en él, este día, el escuadrón
del heroico teniente de Gironda.*

General PELEGIER.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
El raid de la 5ª División de Caballería.....	11
El 2ª Escuadrón del 16ª de dragones.....	21
Los jinetes de 1914.....	27
La última carta.....	37
En la granja de Yauberon.....	43
Los últimos caballeros.....	55
Escuadrón contra Escuadrilla.....	65
El teniente de Kérillis.....	75
El destacamento de Villelume y Ronin.....	91
En un sótano.....	103
Las últimas palabras del jefe.....	117.

EL RAID DE LA 5.a DIVISIÓN DE CABALLERÍA

El 8 de septiembre de 1914, a las 6.30 horas, la 5° División de Caballería, a órdenes del general de Cornulière - Lucinière, recibió la misión de adelantarse e ir, de cualquier modo, a hacer sentir sus cañones a la margen izquierda del Ourq.

Es el momento en que van Kluck, que se aventuró imprudentemente hacia el sudoeste, es atacado en su flanco derecho por el Ejército de Maunoury. Hacen ya dos días que, mediante una notable maniobra, el general alemán se esfuerza en desprenderse y corregir su error estratégico. Mientras aquel con el II Cuerpo activo y el IV Cuerpo de Reserva, contiene a duras penas, dando frente al oeste, el ataque francés, ha ordenado a sus 3° y 4° Divisiones de Infantería, que acaban de llegar al Grand Morin, dar vuelta, repasar el Marne y ganar terreno hacia el norte, a marchas forzadas, a fin de rebasar a nuestro 6° Ejército y envolver su ala izquierda. De este modo espera escapar al cerco, que presiente mortal y cuyo éxito entrañará el derrumbe del viejo plan de

Shlieffen, evangelio sagrado del Estado Mayor Alemán.

Pero, en la mañana del 8 de septiembre la situación, hasta ahora indecisa, parece inclinarse a nuestro favor. A la izquierda de von Kluck, el dispositivo del 2º Ejército alemán (von Bülow), al sur del Marne, se deshace bajo los golpes del Ejército de Franchet d 'Espérey. Los primeros síntomas de la retirada se manifiestan y, bien pronto, son confirmados por nuestros reconocimientos aéreos. Interesa, por lo tanto, en el más alto grado, impedir que el enemigo se rehaga. Si el Cuerpo de Caballería Sordet se hubiera encontrado en estado de hacerlo, si hubiese conservado toda su potencia ofensiva del comienzo de la guerra, Joffre lo habría lanzado directamente por Villers -Cotterêts hacia Soissons, verdadero cierre de la retirada, no solamente de von Bülow, sino también de von Kluck. Una vez echado el cerrojo, lo que se hubiera logrado, sin duda, las consecuencias para los 1º y 2º Ejércitos alemanes habrían sido incalculables.

Pero el Cuerpo Sordet había sido desgastado prematuramente y con estériles resultados en las operaciones de Bélgica. La caballería es un arma frágil y difícil de reemplazar. El jefe debe saber utilizarla con paciencia, para poder hallarla intacta en el momento necesario y estar, entonces, en condiciones de emplearla sin consideración.

El Cuerpo de Caballería Sordet estaba agotado. Durante 30 días había explorado. En una serie de marchas y contramarchas, que lo condujeron desde el norte de Francia hasta

los muros de Lieja y desde aquí hasta el valle de Chevreuse, vio diluirse sus efectivos, perdió la mitad de sus caballos, y los que resistieron a las terribles pruebas, a que fueron sometidos, estaban exhaustos y casi despedados.

Con los restos del Cuerpo Sordet se formó una sola división, denominada *División de Caballería Provisional*, la que durante la retirada, del 29 de agosto al 8 de septiembre, prestó los más grandes servicios, sacrificándose y conteniendo el avance del enemigo, particularmente el 1° de septiembre en el combate de Verbière, entre los bosques de Compiègne y Halatte.

Al mismo tiempo, se trató de reconstituir a toda prisa, detrás de París, los restos del Cuerpo de Caballería Sordet, pues, ante el apremio de la situación, una parte de sus divisiones había sido transportada por ferrocarril hacia el ala izquierda del Ejército de Maunoury.

Es así como el 16° de Dragones, de la 5ª División de Caballería, reforzado con algunos caballos recibidos de los depósitos, fue embarcado el 6 a la tarde en la estación Matelots, en Versalles, y después de atravesar Saint-Germain, le Bourget y Dammartin, desembarcó en la región de Plessis-Belleville el 7 a las 7 de la mañana.

Sus órganos más adelantados tomaron contacto, inmediatamente, con el enemigo, persiguiendo y acuchillando a numerosos exploradores montados, ulanos, dragones y

caballería ligera, que trataban de sondear nuestro dispositivo y ocultar el de von Kluck.

A la noche, la 5ª División de Caballería descansó detrás de Nanteuil – le - Haudouin, protegida por un escuadrón del 16. ° de Dragones (capitán Gahilard - Bance!), con puestos adelantados a Léviguen, sobre el camino de Villers –Cotterêts

A la mañana siguiente, 8 de septiembre, disuelta ya la División de Caballería Provisional, la 5ª División de Caballería recibió, en el mismo momento en que el general de Cornuliére-Lucinière asumía su comando, esa orden imperativa de ir a hacer sentir, a toda costa, sus cañones en la margen izquierda del Ourq, orden impartida por el general Bridoux que, por su parte, acababa de tomar el mando del I Cuerpo de Caballería.

Confiando en los espléndidos escuadrones de dragones y de caballería ligera, que acababan de servir a sus órdenes y que conocía desde hacía tiempo, el general de Cornuliére-Lucinière condujo toda la división hacia el norte hasta Crépy-en-Valois; luego, variando hacia el este, penetró a gran trote en las espesas arboledas del bosque de Villers-Cotterêts, dirigiéndose rectamente hacia el Ourq.

Los jinetes alemanes, que revoloteaban como un enjambre de moscas a su alrededor, fueron acuchillados.

La división fue conducida tan hábil y enérgicamente que su movimiento no fue advertido. Sin embargo, le fue preciso deslizarse entre las mallas de la estrecha red de tropas

aglomeradas en las poblaciones, todas ellas en poder del enemigo, tales como Ivors, Boursone, Vauciennes, Coyolles y Villers-Cotterêts.

Gracias al perfecto conocimiento del bosque y de sus menores senderos, que tenía el capitán Moreau, por haber realizado allí sus cacerías, y debido también a la prudencia y energía de la punta de la vanguardia, conducida por el Teniente de Fraguier, del 15° de Cazadores a Caballo (1), que derribó (con el arma blanca para no hacer ruido) o tomó prisionero a cuanto enemigo encontró, incluso 2 autos ametralladoras, el avance dentro del bosque no fue descubierto.

No obstante, en el claro de Ivors, volaron sobre la División numerosos aviones, de cruz negra. ¿La vieron?....

Sin cuidarse de ello, y prosiguiendo su avance, la 5ª División de Caballería franqueó el Savières y, a continuación, el Ourq en Troësnes, frente al linde del bosque de Villers-Cotterêts. Surgiendo de un bajo, escaló la meseta situada entre La Ferté-Milon y Marizy - Sainte Geneviève, con toda su artillería, cuyos caballos estaban tan fatigados que algunos dragones debieron echar pie a tierra para empujar las ruedas de las piezas y de los armones. Fue preciso desarrollar un esfuerzo enorme, que no decayó ni siquiera al encontrarse, al atardecer, con las tropas de von Kluck, quien acababa de llegar con su estado mayor a La Ferté - Milon para instalar aquí su puesto de comando.

(1) Perteneciente a la célebre V Brigada Ligera.

El contacto resultó, entonces, tan estrecho que la columna en que venía el comandante del 1er. Ejército alemán debió recurrir al fuego para poder desprenderse.

A partir de ese momento, toda la división se encontró dentro de las líneas enemigas, a las que había logrado llegar por retaguardia, gracias a este audaz avance y luego, durante 3 días seguidos se produjeron una serie de combates incesantes, hechos de armas épicas y proezas estupendas, ya con unidades enteras o pequeñas fracciones aisladas, que hicieron glorioso para siempre este raid de la División de Cornulière - Lucinière y digno de los anales de la caballería del Primer Imperio.

En ello cooperó también la artillería de la división, disparando sin cesar, a corta distancia y por sorpresa, contra las columnas del III y del IX Cuerpos de Ejército alemanes, hasta sembrar el pánico en ellas.

Fue esta artillería, constantemente amenazada por la infantería de protección de un parque de aviación, la que salvó el Coronel Robillot, cargando a la cabeza de un escuadrón de caballería ligera.

Fue también el heroico comandante de Beaufort, del 22.º de Dragones, quien escribió tan hermosa página, cargando en Chouy con el escuadrón de Wallace y algunos jinetes del 15.º de Cazadores a Caballo, bajo un intenso fuego de fusilería y tomando prisioneros a 2 oficiales y 18 hombres.

Lo fue también el mismo escuadrón de Wallace, al conseguir mantener en su poder el bosque de Villers - Cotterêts,

como si se tratase de la defensa de un simple bosquecillo, y al derribar, con el concurso de un pelotón del 16.º de Dragones (Pelotón Doër), todo lo que se presentaba en los caminos, incendiando, además, numerosos convoyes de tracción mecánica. (La explosión de una de estas columnas cargada de munición fue escuchada a 20 kilómetros a la redonda, introduciendo el espanto en el adversario).

Del mismo modo, fueron las innumerables persecuciones, correrías, sorpresas de fuego y cargas a sable y lanza contra un enemigo seis veces superior; pero que se enervaba e inquietaba por este ruido, por estas incursiones sobre sus retaguardias, perdiendo su moral y precipitando su retirada, al no poder descubrir a las fuerzas que lo atacaban.

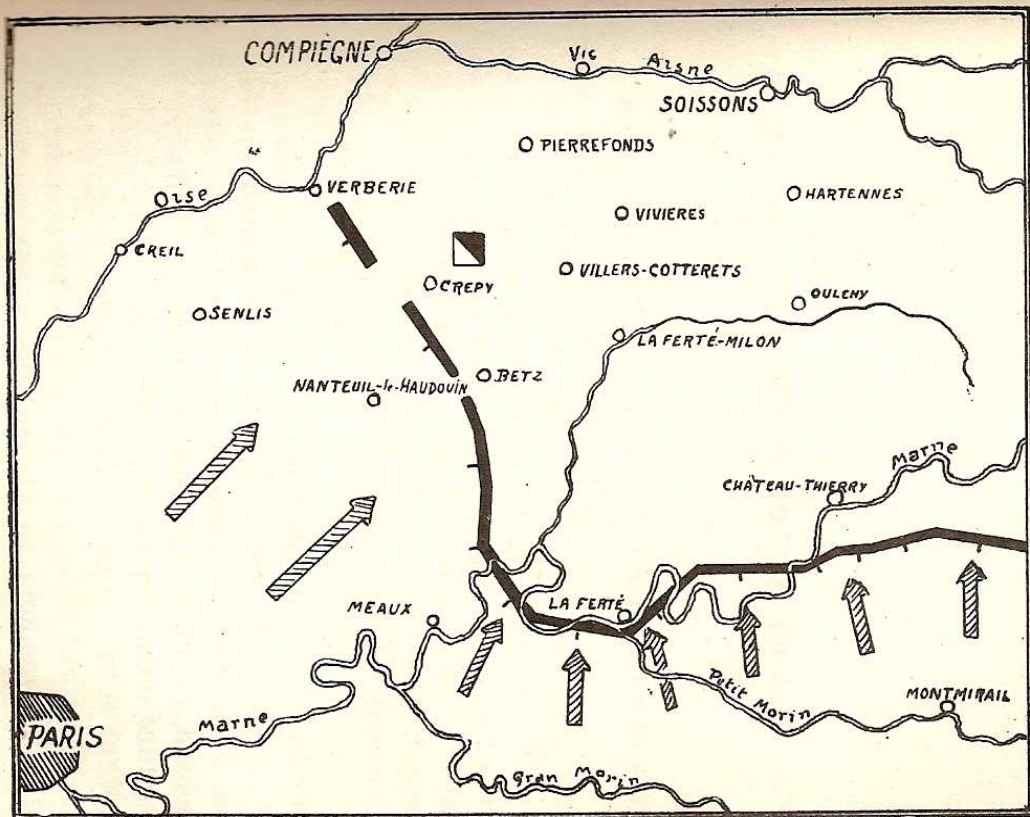
En el transcurso de estas acciones se distinguió particularmente el 16.º de Dragones. Esta unidad venía destacándose desde el comienzo de las operaciones, con los brillantes reconocimientos de los tenientes Duseigneur y Lachouque, en Custine (Bélgica), oficiales pertenecientes a uno de los más intrépidos escuadrones de la caballería francesa (escuadrón del capitán Vergne), como también con los reconocimientos de los tenientes de Lastours, de Maistre y de Lassuchette, y aquel, más hermoso aun, del teniente Faure, el 2 de septiembre, en Crépy-en-Valois.

Fue además, la odisea del I Grupo de Escuadrones (Comandante Delattre) con el coronel Cochin a la cabeza, quien aislado de la división durante una semana (7 al 13 de septiembre) no logró reunirse con su unidad, por tener su

ganado extenuado, hasta el último día, llegando a Montdidier con 70 prisioneros, cuando ya se lo creía irremediabilmente perdido.

Fue, finalmente, toda esa desbordante juventud de nuestra caballería, esa pléyade de tenientes y subtenientes, que teníamos al comenzar la guerra, y que, al dejarla en libertad de acción, se abalanzó sobre el enemigo, realizando las más temerarias proezas, como en tiempos de Lasalle y de Murat.

Pero todos estos hechos de armas son poca cosa comparados con la hazaña del Escuadrón de Gironde.



EL FRENTE ALEMÁN EL 9 DE SEPTIEMBRE,

EL 2.º ESCUADRÓN DEL 16.º DE DRAGONES

Son apenas 100 jinetes, 100 dragones, que cabalgan silenciosamente en la oscuridad.

Sus sombras, agrandadas por el casco de cimera, marchan al paso de a dos en fondo, siguiendo el borde más bajo del camino. La hierba apaga el sordo repiqueteo de las herraduras. Es prohibido hablar, fumar y hacer el menor ruido: el Escuadrón de Gironde se encuentra completamente aislado entre las líneas enemigas.

Además, está cercado por todas partes, verdaderamente acorralado. Ha sido ésta, desde la mañana, una terrible caza. Los hombres vacilan en sus monturas; los caballos tropiezan y algunos han caído ya, habiendo sido preciso abandonarlos. ¡Se ha galopado tanto, devorando los kilómetros, se ha cruzado tantos zanjones, arroyos y crestas, en el transcurso de tan agotadoras marchas y contramarchas, sin un momento de reposo y sin comer, que realmente se ha llegado ya al fin! Excepto un milagro, no hay salvación posible. Pero no impor-

ta; se han batido bravamente. Venderán sus vidas más caro todavía

.....

¿De dónde vienen estos hombres, que andan así en la noche llena de emboscadas?

Se encuentran explorando, en misión de descubierta. Es el 2.º Escuadrón del 16.º de Dragones que, en la mañana de hoy, 9 de septiembre, el general de Cornulière-Lucinière ha lanzado hacia Soissons, es decir, a más de 60 kilómetros sobre las retaguardias del enemigo.

En efecto, éste resiste todavía sobre el Marne, donde virtualmente ya ha sido batido. El ala izquierda de von Kluck se dobla hacia La Ferté-sous-Jouarre, mientras que von Bülow se dejará tomar Château-Thierry, tras una brillante acción del 20.º de Dragones (del Cuerpo de Caballería Conneau), empeñado a pie en un combate de localidades.

Cien años antes, en 1814, el viejo Blücher, batido en forma semejante por Napoleón, se retiró hacia el norte y no debió su salvación más que al hecho de haber hallado libre el paso por Soissons. Si la guarnición hubiera resistido, Blücher se habría perdido. Sin duda, el general de Cornulière - Lucinière recordó las lecciones de la Historia, cuando lanzó el grupo de escuadrones del capitán Jauillié sobre Hartennes (1) y el escuadrón del teniente Gironde en descubierta hacia

(1) Sobre el camino de Château-Thierry a Soissons.

Soissons. Medios insuficientes, ciertamente; pero la 5.ª División no podía hacer otra cosa. ¡Ah! ¡Si en vez de desperdiciar tantas unidades preciosas, desde hacía un mes, se hubieran economizado los caballos y conservado intacta la artillería del 1 Cuerpo de Caballería, manteniéndolo listo para intervenir con todas las fuerzas reunidas en la primera oportunidad, que era esta de hoy! ...

Pero, ¿de qué sirve lamentarse? El general de Cornulière-Lucinière no se ha detenido en esto. Ha procedido de la mejor manera posible; pero se halla ya tan comprometido dentro de las líneas enemigas, con tropas exhaustas (1), que le ha sido indispensable reconocer con precisión qué enemigo es el que lo rodea, por cuanto encontrará muy serias dificultades para salir de esa situación.

El escuadrón del teniente Gironde se ha internado más adelante todavía, hacia el nordeste, y ha chocado con fuertes partidas de caballería enemiga y con destacamentos de tropas de todas las armas, particularmente ciclistas, que lo han recibido a balazos, defendiendo el terreno palmo a palmo.

Es, en realidad, el momento en que el teniente coronel Hentsch, representante de la Dirección Suprema alemana, acaba de llegar al cuartel general de von Kück. A continuación de la dramática entrevista que tuvo Hentsch con el general von Kuhl, jefe de estado mayor de von Kluck, el comandante del 1er Ejército alemán, después de indignarse, se

(1) Al mediodía, en Louàtre, numerosos caballos cayeron agotados por no haber sido posible relevarlos.

resignó, con la muerte en el alma, a impartir la orden de retirada. Pero, preocupado por asegurar sus desemboques, ordenó inmediatamente a su 4.^a División de Caballería (en vigilancia al este de Crépy-en-Valois, donde el día anterior dejó pasar a la División de Cornulière-Lucinière) retroceder, a prisa, hacia el norte y mantener en su poder todos los puentes del Aisne entre Soissons y Attichy. Al mismo tiempo, la Brigada Lepel, extremo guardaflanco alemán, que venía de Verberie hacia Rully y Crépy, recibió la orden de asegurar el pasaje entre los bosques de Compiègne y de Villers-Cotterêts.

El Escuadrón de Gironde tropezó, pues, en todas partes con el enemigo. No obstante, envió dos audaces reconocimientos (el del teniente Ronin y el del ayudante Lallemand), que llegaron hasta las puertas de Soissons, fuertemente ocupado. El teniente de Gironde envió numerosos partes al general de Cornulière-Lucinière. Sus estafetas no regresaron.

Y luego el escuadrón conoció las peores situaciones. Fue perseguido; persiguió él por su parte; chocó continuamente con lugares donde brotaban balas; él mismo tendió emboscadas y se apoderó de oficiales de estado mayor, que circulaban en. auto por los caminos, cogiendo todos sus papeles. Y, al fin de cuentas, fue rechazado en todas partes por fuerzas cada vez más numerosas. Se debatió como en una inmensa telaraña y la noche, que al fin llegó, le permitió retirarse hacia el linde del bosque de Villers-Cotterêts, donde

terminada su misión, espera poder reunirse a la División de Cornulière-Lucinière.

Es en vano. La División de Cornulière-Lucinière ha desaparecido. Enterada de la amenaza de envolvimiento, que pesaba sobre ella, debido a la unión inminente de la Brigada Lepel con el ala derecha de von Kluck, tomó, en seguida, su resolución de dirigirse hacia Senlis, dirección que encontrará cerrada y no logrará, por lo tanto, reunirse a las líneas francesas hasta el 11 de septiembre, a costa de las más grandes dificultades y después de haber atravesado el bosque de Compiègne y forzado el pasaje del Oise en la Croix-Saint-Ouen.

El Escuadrón del teniente Gironde ha quedado definitivamente encerrado en las líneas alemanas. El enemigo lo señaló y buscó por todas partes. Durante horas y horas fue escoltado a distancia por pelotones de ulanos, que como lobos famélicos lo seguían y lo encuadraban desde lejos, sin atreverse a arrojarse sobre él. A favor de las tinieblas, logró burlar su vigilancia y desaparecer, ocultándose, luego, en una granja aislada, la de Chauffour, situada hacia el ángulo nordeste del bosque de Villers-Cotterêts, cuyos caminos de acceso se hallaban totalmente guardados por el enemigo.

LOS JINETES DE 1914

Son las 10 de la noche. El escuadrón acaba de salir de la granja. La intención de su comandante es hacer una última tentativa: dirigirse hacia el norte, atravesar las mesetas de Mortefontaine, franquear el arroyo encajonado del Vandy y deslizarse en el bosque de Compiègne. Posibilidad bien frágil, él no lo ignora, pero el teniente de Gironde es el prototipo de oficial de caballería de antes de la guerra. Él jugará su última carta; no se rendirá... el enemigo no lo tomará vivo.

Cabalga adelante de su tropa, junto a Kérillis, su segundo. Delante de ellos, a algunos metros, marchan dos exploradores como punta. Detrás, en dos filas, siguen las 4 secciones del escuadrón: primero la de Kérillis, y luego las de Villelume, Ronin y Gaudin de Villaine.

Este 2.º Escuadrón del 16.º de Dragones está íntegramente constituido por una juventud intrépida. Gironde, el comandante del escuadrón, no es más que un teniente. En cuanto a Kérillis, Ronin, Villelume y Gaudin de Villaine

ostentan un solo galón de plata en la manga. Los cuatro poseen el más hermoso grado del Ejército francés: *subteniente*.

La moral de todos se conserva intacta. Se avanza en las tinieblas. El cañón, que ha tronado toda la jornada, ahora ha enmudecido, salvo hacia el sur, en dirección al Marne, donde von Bülow trata de desprender su ala derecha por medio de un contraataque nocturno. El fuego de fusil crepita con intermitencias pero todos estos ruidos son lejanos. Aquí hay casi silencio. Se está detrás del frente. No se escucha más que el rodar de los convoyes alemanes, el sordo rumor de columnas en marcha y voces roncas de tropas, que ocupan por cuarta vez en 100 años, estas pobres poblaciones de la Ile-de-France.

Gironde escucha estos ruidos confusos. Él conocía la orden impartida a la 5.^a División de Caballería. El general de Cornulière-Lucinière la había comentado delante de sus oficiales: alcanzar las retaguardias del enemigo, provocar el desorden en ellas, aparecer por todas partes y atacar todo lo que se encontrase. Su escuadrón cumplió bien su misión. Ahora todo acabó. Hombres y caballos están exhaustos, y si no consigue regresar a sus líneas, no le quedará otro recurso que morir. Nadie se rendirá: ¡Ya está decidido!

Gironde se inclina hacia Kérillis y le susurra, mostrándole los hombres:

- ¡Con tipos hábiles como éstos, se podrá ir hasta el fin y a fondo!

¿Tipos hábiles como ellos?. Gironde tiene razón. Él conoce

bien los 100 hombres que vienen allí, esos 100 hombres parecidos a todos los soldados de caballería de Francia: bravos entre los bravos y apasionadamente adictos a sus oficiales. Procedentes de todos los rincones del país, en su mayoría de origen aldeano, representan lo que la raza tiene de más recio, de más simple y de más sano. Preparados, formados y forjados desde años con energía, con bondad, por una disciplina a la vez férrea e inteligente, hábiles en el ejercicio de la equitación, que engendra la iniciativa y la fiereza, como también ese afecto tácito que se establece entre gentes, aun de diferente condición, unidos por el amor al caballo, ellos conservan intacto ese gran candor de los campesinos, alejados del espíritu de las ciudades y de propagandas ocultas.

Entre ellos se encuentran, como en todo escuadrón, algunos estudiantes, algunos jóvenes que, habiendo fracasado en Saint-Cyr, se alistaron para preparar Saumur caracteres vibrantes, que terminan por hacer de este conjunto una magnífica amalgama flexible y resistente, pronta a vaciarse, no importa en qué molde ni en qué crisol, a voluntad del jefe, hasta los mismos infiernos, si es preciso.

Bajo los cascos sobriamente encajados, en sus rostros demacrados por 30 días de guerra, sus miradas han conservado el resplandor ingenuo de la infancia; pero las anchas carrilleras de cobre que cubren sus mejillas y el penacho de cola de caballo de las cimeras, que el viento empuja a veces delante de su frente, les dan un aspecto grave. Llevan el uniforme de dragón de esa época, la casaca azul oscuro, casi negra, de

cuello blanco, prendida con nueve botones de plata, llamados cascabeles de caballería, con bocamangas blancas, a tres botones, el pantalón rojo con franja azul, botas de cuero negro y espuelas. Llevan el talle ajustado por un cinturón, en el que penden, por delante, las cartucheras, y por atrás, la abrazadera de la carabina, que llevan a la granadera. Ellos van así, mudos, atentos y ansiosos los unos, y los otros, demasiado fatigados para preocuparse del peligro, dormitan en sus sillas.

Los caballos avanzan trabajosamente. Algunos hombres, que no tienen ya cabalgadura, marchan a pie con la carabina en la mano. Cuando éstos se sienten demasiado fatigados, los oficiales los hacen montar a la grupa de otros camaradas o alternar con ellos el uso del caballo. Sobre el cielo oscuro se recortan las siluetas silenciosas, entre el bosque de lanzas, que se mueven oscilando en sus correas, pasadas por el antebrazo.

Cuando por casualidad la herradura de un caballo hace brotar una chispa sobre una piedra o una vaina de sable choca torpemente, se escuchan de inmediato imprecaciones y reproches ahogados. El silencio significa vida o muerte. Ahora están en plena descubierta.

Al olor húmedo de hojas y hierbas del monte ha seguido el perfume más seco de los rastrojos y trigales abandonados en pie. Pero en la estela del escuadrón flota siempre el horrible relente de putrefacción de los caballos heridos, cuyos lomos no son más que una llaga, y que, no obstante, ha sido

necesario ensillar; ese vaho insípido y repugnante, que todos los que han tomado parte en los grandes movimientos de caballería del Marne y de la carrera al mar, no podrán olvidar.

Las desgraciadas bestias, en su mayor parte, han llegado a su fin e infunde piedad ver sus ojos tristes, la expresión de sufrimiento resignado en su frente arrugada y las alas de sus ollares temblando de fiebre. Van agobiadas bajo su carga, y el lomo se arquea bajo las 'monturas, cuyos borrenes pintados de rojo (color del 2.º Escuadrón), llevan en letras blancas sus humildes nombres de bravos caballos de Francia: *Cóndor, Gobernador, Páquerette, Vengador, Marinette, Clarín...*

¡Pero es necesario seguir, seguir siempre!

Detrás suyo, Gironde percibe la agitación de toda esa vida cálida y múltiple que, con los ojos puesto en él, le sigue ciegamente, se rige por él y sigue sus pasos; de esta tropa que le seguirá por donde él vaya y que, a una simple señal de su brazo, se arrojará, en un último esfuerzo, allí donde él les ordene arrojarse. Nunca como ahora ha comprendido mejor esta expresión: *tener sus hombres en la mano*. La saborea como un placer doloroso. Es esta la gran recompensa de su vida

¿Quién es, por lo tanto, Gironde?

Gironde es el caballero. Es, tal vez, el último caballero y el que no consentirá jamás ser otra cosa. Él es de otra época, de otra edad.

Va ligeramente inclinado en su silla, siguiendo el balan-

ceo rítmico de su yegua de pura sangre. El penacho de su casco pende inmóvil sobre sus hombros. Bajo la visera aparece su rostro delgado, impassible, con sus enormes ojos azules, su corto bigote rubio y, plantada en el ángulo de su boca, su inseparable pipa, en la que desde hace mucho tiempo no hay más tabaco. Su mentón, surcado por un hoyuelo, se escapa de su alto cuello blanco. Su mano izquierda, enguantada, descansa sobre las maletas, sosteniendo las riendas, mientras, que su mano derecha, apoyada en el costado, aferra la fusta, que no abandona jamás. De esta silueta elegante y delgada, brota una calma y una tranquilidad aparente, que tranquiliza a todos.

El teniente Gastón de Gironde es adorado por sus hombres. Impone simpatía. Los que lo han encontrado no pueden olvidarlo. Su fisonomía franca, su voz sonriente y cálida, sus cabellos rubios, su tez de una frescura deslumbrante, y su mirada, sobre todo, la mirada magnífica de sus grandes ojos de un azul muy claro, bajo las cejas rectas, le dan un encanto al que nadie sabría escapar, un encanto hecho a la vez de energía y dulzura, de audacia inflexible y bondad. En él se adivina la voluntad, el amor al peligro, al ideal y, además, esta característica de los verdaderos caballeros: el desprecio al dinero. ¿El dinero? En cualquier época, desde los primeros días del mes, los pocos billetes del reducido sueldo de Gironde desaparecían íntegramente, pues los distribuía entre sus hombres o compraba forraje a sus proveedores. Cuando ya no le quedaba nada, saltaba, sonriente, sobre su silla.

Si no hubiese amado tanto a su profesión y a su caballo tendría el temperamento de un jugador. Pero era su vida lo que jugaba con mayor frecuencia, sobre el gran tapiz verde de los campos de cacerías, franqueando los obstáculos de Auteuil, en sus raids, o los taludes de Pau, en la caza del zorro.

Es, justamente, el prototipo del oficial de caballería, franco, ardiente y arrojado. Como todos los de la generación posterior al 70, ingresó al Ejército con pasión y con fe. ¡Si la guerra debía volver, lo encontraría listo, lo mismo que a los hombres que él habría instruido, y entonces llegaría la victoria, la revancha!

Dotado de tantos encantos, de tantas cualidades, ideal de tantas jóvenes, Gironde rehusó siempre casarse. *Para un oficial de caballería -afirmaba- eso significa perder las tres cuartas partes de su valor.*

En una fotografía tomada pocos años antes de la guerra, en ocasión del enlace de uno de sus camaradas de promoción, en Liverpool, puede verse su lindo rostro grave, entre jóvenes y sonrientes inglesas. Cerca de él se halla otro de sus compañeros, formando parte también el cortejo nupcial: Fernando de Troussures.

Fernando de Troussures, teniente del 6.º de Coraceros, sucumbió al principio de la guerra. Adelantado en exploración con algunos hombres, un día al amanecer, engañado por una niebla espesa, cerca de Vieux-Berquin, fue derribado de un balazo en pleno pecho, por un centinela alemán emboscado detrás de un cerco.

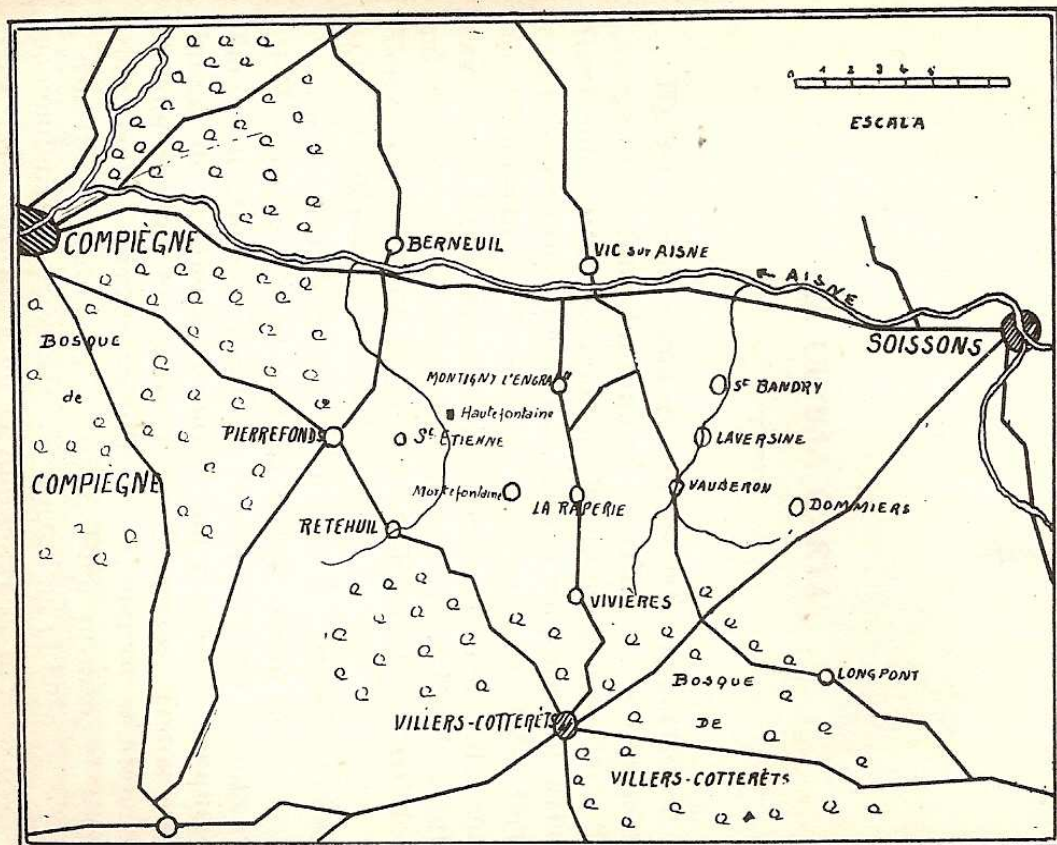
Sus últimas palabras lo pintan de cuerpo entero.

Habiendo echado pie a tierra un bravo jinete de su Patrulla, bajo el fuego, para levantarlo y arrimarlo agonizante contra un árbol, tuvo fuerzas para decirle:

-¡Así no, viejo mío; del otro lado... así, con frente a esos cochinos.... ! ¡Así; gracias! ¡Y ahora...defiéndete tú; ya vienen!

Y Fernando de Tronssures expiró tal como siempre lo soñara, dando frente al enemigo.

En cuanto a él, Gastón de Gironde...



ZONA DE ACCIÓN DEL ESCUADRÓN DE GIRONDE

LA ÚLTIMA CARTA

Hacen varias horas que el escuadrón partió de la granja Chauffour. La luna ya ha salido y los ojos, acostumbrados a la oscuridad, distinguen a cada lado del camino extensas llanuras desnudas y sin un solo árbol. Es la meseta de Domniers y Missy-aux-Bois, fértil región de Francia, que ahora está en poder del enemigo con todas sus poblaciones: Saint-Pierre-Aigle, Versefeuille, Montgohert, Haute-Fontaine, Taillefontaine, Vivières ...

De pronto, levantando la fusta, Gironde detiene al escuadrón. No se alcanza a ver; pero, muy cerca, hacia un cruce de caminos, se oye el paso de una columna de artillería alemana, con el pesado traqueteo de sus ruedas, los gritos y los latigazos. Todos escuchan, con el corazón palpitante. El convoy se aleja. El escuadrón reanuda la marcha. Bien pronto, el terreno comienza a descender. Se aproxima el bajo de Coenvres, falla profunda en la que corre el arroyo que va a ser preciso franquear. Los exploradores de la punta se vuelven y

señalan una granja. ¿Estará ocupada? El peligro está en todas partes.

Haciendo avanzar a su caballo cautelosamente sobre la hierba del bajo, Gironde, seguido de un suboficial, penetra en el patio de la granja. Detrás de los vidrios brilla una luz. Inclina los cuellos de los caballos, los jinetes observan los rincones del edificio. ¡Nada! ¡Todo es silencio! No se ven uniformes enemigos. Sin desmontar, el suboficial golpea con el talón de la bota en la puerta. Ésta se entreabre. Algunos aldeanos, hombre y mujeres asoman la cabeza con temor y luego retroceden, al divisar el reflejo de las armas a la luz de la luna.

-¡Franceses!- susurra Gironde en voz baja.

Entonces, la puerta se abre totalmente. Salen el granjero, su mujer y los criados. En voz baja se entabla la conversación. ¡Jinetes franceses aquí, Dios mío! Pero ¿De donde vienen? ¡Esto es una locura! Toda la región está llena de enemigos y éstos están muy cerca. Las más insignificantes localidades se hallan ocupadas. Al menor ruido todo se habrá perdido. En el transcurso del día, patrullas de ulanos han venido varias veces a visitar la granja.

Gironde les entera de su intención de atravesar el arroyo. Todos exclaman:

-¡Pero eso no es posible, mi teniente! ¡Los alemanes están en Coenvres, en Valsery, en Laversine y en Saint – Brandy. Todos los puentes están vigilados!

- Si – replica Gironde; - pero existe un vado, marcado en la

carta, a mitad entre Coenvres y Laversine. Es por aquí que pasaremos nosotros.

-¡Pasar el vado! Ni piense usted en ello. Hay casas a cada lado, a menos de 300 metros. ¡Ustedes serán descubiertos!.

- ¡Nosotros pasaremos! -insiste Gironde- ¿Dónde está el camino? Uno de ustedes vendrá hasta allí abajo, con nosotros, para guiarnos.

El granjero y sus criados protestan aterrorizados. Esto es una locura. Todos serán apresados y ellos mismos fusilados.

Bajo la visera del casco los ojos azules del oficial relampaguearon.

-¡Estamos en tiempo de guerra!, amigos míos. ¿Comprenden? Vamos rápidamente; no hay un minuto que perder.

Y su mano se apoya en la culata del revolver.

Pero no tiene necesidad de insistir. El propietario de la granja es valiente. Enseguida lo demostrará.

-¡Está bien, mi teniente! Yo los voy a guiar.

En dos minutos todo está listo. Como la distancia es todavía grande, y a fin de no retardar a la columna, el granjero atará su caballo, el único que le han dejado. Él irá en su *charrette* y así no habrá más que seguirle.

Son las 23 horas pasadas cuando el escuadrón se pone nuevamente en marcha, encuadrando entre dos filas al extraño vehículo. En el cielo gris brillan pálidas estrellas. Procede del bajo, un vaho húmedo, impregnado del perfume de

mentas silvestres, invade la meseta. Es hora en que el reinado de los campos pertenece a los animales nocturnos. Indiferentes a la guerra de los hombres, las lechuzas y los búhos lanzan, de vez en cuando, sus gritos melancólicos. Las tinieblas parecen más espesas, más misteriosas y temibles. Los insectos característicos de la estación calurosa, atraviesan las sombras, con su vuelo sonoro, y golpean, a veces, contra los caballos o contra el pecho de los jinetes.

Muy pronto alcanzan el bajo, negra depresión, a la que la luna no lleva aún sus rayos, por estar situada oblicuamente. La columna sigue ahora por un camino de tierra. En cuanto al guía, con las espaldas encorvada, el sombrero encasquetado hasta los ojos y fuertemente asido a su vehículo, rodeado de dragones con los sables desenvainados, ofrece el aspecto de cualquier condenado marchando hacia el suplicio.

En el fondo de la garganta la oscuridad es completa. A cada paso se espera oír un «*Wer da*» (1) de algún centinela o una descarga cerrada. Las ruedas del carromato empiezan a producir, sobre el canto rodado del camino, un ruido que en el silencio resulta aterrador. No se puede continuar así, porque serían descubiertos. Además, el vado queda muy próximo, entre Coeuvres y Laversine. De las casas cercanas llegan murmullos de voces y canciones alemanas.

El aldeano desciende del vehículo y, dejándolo al cuidado de un dragón, se dirige a pie hacia el arroyo.

(1) Equivale en alemán a « ¿quién vive? ».

-Mi teniente ahí está - murmura en la sombra; -no tiene más que cruzarlo. No mide más de veinte metros y a los caballos el agua apenas les llegará a los garrones. Enfrente usted encontrará un camino para subir.

-¡Gracias, mi bravo! ¡Adiós!.

-¡Buena suerte, mi teniente!

Cinco minutos más tarde todo el escuadrón se encuentra en la otra margen. El enemigo no ha sentido nada .

A medianoche la pequeña columna desemboca en la meseta de Mortefontaine. En esta forma se ha salvado el primer obstáculo que los separaba del bosque de Compiègne. Ahora falta, solamente, cruzar el arroyo del Vandy, al este de Pierrefonds. El bosque queda a unos 10 kilómetros. Allí está, tal vez, la salvación.

Pero Gironde sabe bien que no podrá alcanzarlo. Este último esfuerzo ha sido excesivamente grande. Sería necesario detenerse, desensillar los animales, hacerlos comer y dormir unas cinco o seis horas, lo que es imposible. Mucho antes llegará el día, Gironde no tiene más esperanzas. Por otra parte, no sabe nada de la situación. ¿Está el enemigo en retirada? ¿A que profundidad de las líneas alemanas se encuentra el escuadrón? Cortado de todos, sin enlaces, sin radiotelegrafía, Gironde tiene la impresión de que acaba de estrellarse contra el muro final, que está llegando al límite extremo de su destino. Los reconocimientos, que adelantó para inquirir informes de los habitantes, ya regresan. El enemigo está en todas partes; tiene en su poder todas las locali-

dades. Sin embargo, sobre la meseta, no muy lejos, hay una granja que está libre, la granja de Vauberon.

El teniente Gironde resuelve encerrarse en ella con todo su escuadrón.

EN LA GRANJA DE VAUBERON

Es una importante granja del Soissonais, cercada con muros y con un patio interior flanqueado por edificios de cimientos de piedra. Sobre esta meseta desierta ofrece el aspecto de una fortaleza.

Gironde llama a sus oficiales. Puesto que es imposible ir más lejos, se atrincherarán en esta granja, poniéndola en estado de defensa. Durante la noche se construirán troneras, etc., y cuando llegue el día se defenderán allí hasta morir.

En seguida el escuadrón penetra en el interior del recinto. Los hombres echan pie a tierra, pesadamente. Sin desensillar, se da de beber a los caballos en el abrevadero del patio. Luego, los dragones, extenuados, se dejan caer en el suelo, en el mismo sitio unos, y recostándose en la pared otros, y quedan instantáneamente sumidos en un sueño invencible, profundo como la muerte, con la brida al brazo y el casco sobre el pecho, Sufrir de hambre o de sed no es nada, comparado con el sufrimiento que provoca el sueño.

Ni los caballos pueden soportar esta tortura. Manteniéndose de pie, con una rigidez de piedra, duermen también, con el cuello caído y el hocico cerca del suelo, mientras las lanzas quedan paradas, fijas en las monturas. Sólo vigilan los centinelas apostados en el portón del patio y en los cuatro ángulos de la granja. El peligro los asecha por todas partes, el misterio de la noche y la angustia a duras penas los mantienen despiertos.

Tanto los hombres como los animales han llegado al término de sus fuerzas. Por un instante Gironde ha considerado el cuadro patético que ofrece su escuadrón, confusamente amontonado en la oscuridad. Estas sombras de jinetes y de caballos, inmóviles bajo el cielo centelleante de estrellas, y la impresión de abrumadora fatiga que se desprende de ellos, constituyen un espectáculo que estruja el corazón. ¿Será preciso sacrificar todo? ...

Gironde ha llevado a sus oficiales hacia la sala principal de la granja, donde el propietario, señor Ferté, su esposa y un viejo aldeano, han vuelto a encender la lámpara y echado algunos leños en la lumbre. Es más de medianoche.

Se tratará, por de pronto, de encontrar algo para dar de comer a los hombres y, en seguida, se pondrán a trabajar.

En cuanto a los caballos -Gironde de ha bajado la voz- todo ha concluido. No proporcionan ya ninguna ayuda, y, cuando la resistencia de la granja haya cedido bajo el número, será necesario que no caigan en poder del enemigo. Ellos los

cuidarían y en ocho días estarían repuestos. ¿Sus caballos, los caballos del 2.º Escuadrón del 16.º de Dragones marchando entre las piernas de los jinetes alemanes y transformándose en caballos de ulanos? ... ¡No; eso jamás!

El silencio domina al grupo de oficiales. Gironde atrae una silla de paja y se sienta, coloca el casco sobre la mesa y se pasa su mano fina por los cabellos. Gaudin de Villaine, vencido por el cansancio, se hunde en un sillón y cierra los ojos. Villelume y Ronin, retirados en un ángulo de la sala, cerca de la chimenea y con los ojos fijos en las brasas, se entretienen, trazando en voz baja los más temerarios proyectos. Ardientes cadetes, compañeros de promoción, egresados de Saint-Cyr, al comenzar la guerra, no pueden imaginar que para ellos pueda haber terminado la campaña. ¡Sería demasiada mala suerte! ¡Sería muy injusto! ¡Sí, se batirán hasta el fin, como dijo Gironde; pero, puede ser que, a pesar de todo, consigan desprenderse y atravesar las líneas enemigas!

Gironde ha hecho sentar a Kérillis cerca de él.

-Escucha, Kérillis- le dice, -nos quedan 10 cartuchos por hombre; todavía se puede hacer algo ...

Y calla, evocando la escena de este combate, con los dragones en las troneras, abatiendo a los uniformes grises lanzados al asalto de los muros. Diez cartuchos...

-Los caballos no. ¡Ellos no los tendrán; no tendrán nada! Escucha: es preciso sacrificarlos esta noche. ¡Es espantoso, es doloroso.... Nuestros pobres viejos caballos! Pero es neces-

rio, es nuestro deber. No los mataremos a tiros porque necesitamos economizar todos los cartuchos y no hacer ruido. Les cortaremos los tendones... a sablazos..., ¿Comprendes, Kérillis? Cortales los tendones. Es desagradable; pero indispensable....

Kérillis ha entornado los ojos, sintiendo sublevarse su corazón de soldado de caballería. Gironde calla nuevamente; él también quisiera borrar el horror de esta visión, escapar a esa pesadilla... Pero él es quien manda y no encuentra otra solución: causar el mayor daño posible al enemigo, hasta el último momento, y no dejar nada entre sus manos...

De improviso, un hombre aparece en el rectángulo luminoso, proyectado por la lámpara en el patio. Es un aldeano de los alrededores, que acaba de llegar. Viste una humilde blusa. Los centinelas lo han dejado pasar. Quiere hablar con el jefe. Se le ha dicho que está allí, en la sala. Lo busca con la mirada, y lo reconoce en Gironde, por la forma en que éste lo observa. Se quita el sombrero y le dice:

Mi teniente: no sé si usted sabe lo que ocurre...

Gironde le hace señas para que se aproxime. El hombre penetra en la habitación y se explica más claramente:

Muy cerca de la granja, a menos de 1 kilómetro, al borde del camino que conduce a Vivières, hay una escuadrilla alemana de aviación en vivac. Ha constituido el parque en un campo alfalfado, que hay contra el camino. Él lo ha visto y observado todo. Además, a la tarde llegaron unos 10 aviones,

que se detuvieron allí y fueron agrupados en fila, sobre un costado del camino. Sus ocupantes descendieron y colocaron en el campo, a alguna distancia, banderolas blancas en forma de T

Al caer la tarde, apareció un avión; después otro y, finalmente, toda una escuadrilla. Los aparatos ostentaban grandes cruces negras en las alas. Aterrizaron cerca de las banderolas y con el mismo impulso de los motores se aproximaron a los autos, donde los mecánicos los formaron en cuadro, sobre tres lados, de manera que el cuarto quedó constituido por los autos. Hasta muy tarde, los hombres han trabajado en los aparatos o transitado por el camino, entregados a sus tareas. Ahora todo parecía dormido allí; las luces se habían apagado. Tal vez se los podría sorprender, a pesar de los centinelas...

Los ojos de Gironde relampaguearon. Se ha levantado de su silla y examina el rostro de ese hombre. ¿Quién es? ¿Qué valor tiene su testimonio? El propietario de la granja lo conoce; él se constituye en garante de sus declaraciones; es un valiente; se le puede tener confianza.

Villelume y Ronin acaban de aproximarse. Gaudin de Villaine se despertó al sentir el ruido de las voces. Kérillis trata de adivinar en sus miradas las intenciones de Gironde, quien, mudo, observa al aldeano.

- ¿Cuántos aviones?-pregunta Gironde.

- Ocho.

- ¿Ocho? Es toda una escuadrilla. ¿Los vigilan? ¿Ha visto usted sus armas? ¿Tienen ametralladoras?

El hombre no lo sabe. Él no pudo observar todo; pero está seguro que hay centinelas. Los aviones están contra el costado derecho del camino que va a Vivières; no es posible engañarse. Aun en plena noche se los puede distinguir, a causa de su color blanco.

Tantos detalles han convencido a Gironde.

-Está bien- dice simplemente; -esta es la ocasión. Iremos allí. ¿Un kilómetro? Los caballos servirán todavía para esto.

Su rostro ha cambiado, iluminado por una sonrisa tranquila. Camina a lo largo de la sala, otra vez pensativo con su elevada talla algo inclinada y la fusta bajo el brazo.

¡Ciertamente, esta es la ocasión! ¡Y qué ocasión! Aniquilar de golpe 8 aviones en su propio nido, cuando ellos se preparen a levantar el vuelo, al aclarar, para ir a buscar en nuestras líneas informaciones, tal vez de importancia capital... ¿No puede prestar aún un gran servicio el Escuadrón de Gironde?

¡Y qué satisfacción, también, la de tener a merced suya a esta aviación, poder medirse solos con esta nueva arma, que pretende dominar, en adelante, en forma absoluta el campo de batalla, asestando un golpe mortal a la caballería y reemplazándola en la noble misión de la exploración y de la descubierta! (1).

(1) Conviene recordar que, al comienzo de la guerra, ningún reconocimiento aéreo aportó una información tan capital como la que remitió el escuadrón descubierta del capitán Lepic, del 15.º de Cazadores a caballo, adelantado el 9 de agosto de 1914 hacia Samret, en Bélgica, reconocimiento que algún día será célebre.

¡Morir por morir, más vale sucumbir en un encuentro con ella, haciéndole pagar lo más caro posible su pretensión! ¡Destruir una escuadrilla enemiga en pleno combate... es algo que no tiene precio! ¡Bien vale, entonces, la vida de algunos hombres y caballos, ya medio muertos y condenados, fatalmente, a caer en manos del enemigo! ¡Este sería un final útil y magnífico!

Rápidamente, Gironde imparte sus órdenes:

-Se atacará a pie y a caballo...

- ¿A caballo?

Kérillis no ha podido contener un gesto de asombro.

-Sí, a caballo- insiste Gironde; -escuchen todos: el escuadrón saldrá de la granja sin hacer ruido. El guía nos conducirá hasta la encrucijada de la Râperie. Allí, las secciones de Kérillis y Villedume echarán pie a tierra y se trasladarán hasta las proximidades de la escuadrilla, arrastrándose a derecha e izquierda del camino. Durante este tiempo, la sección de Gaudin de Villaine efectuará un movimiento envolvente a caballo, a campo traviesa, en forma de venir a desplegar por la derecha, en línea, dando frente a los aviones.

»Cuando las secciones de Kérillis y Villedume, aprestadas cuerpo a tierra para el combate a pie, calculen que la sección de Gaudin de Villaine ha llegado a distancia de carga, abrirán el fuego, efectuando tres salvas; luego, esperarán.

»Por su parte, la sección de Gandill de Villaine, en

cuanto haya cesado el fuego, cargará a fondo contra los aviones y vehículos y destruirá la escuadrilla.

»En cuanto a la sección de Ronin, permanecerá de reserva a caballo en la Râperie y procederá como mejor lo aconsejen las circunstancias.

»Eres tú, Kérillis, quien tomará el mando de las dos secciones a pie.

- ¿Y tú?

- Yo iré con la sección de Villaine, a caballo,

Con la autoridad que le confiere su mayor antigüedad sobre todos los demás subtenientes, Kérillis objeta:

- ¿A caballo? ¡Pero, si es de noche!

- Mejor. La sorpresa será más fácil.

- Y además, a caballo con lanza y sable contra vehículos y aviones. Pero... ¿Has pensado que si ellos resisten...

Gironde lo interrumpe con un gesto:

- Mi viejo Kérillis, así se hará. Yo iré a caballo con la sección de Gaudin de Villaine. Hay riesgos para todos. Yo soy el más viejo; he pasado toda mi vida a caballo; si debo morir ahora, que al menos sea a caballo. Tengo el derecho de sucumbir sobre mi montura.

Y sonriéndose, agrega, mientras se pasa una mano por las mejillas:

- Felizmente, hoy pude afeitarme. Es necesario estar hermoso (1).

(1) Testimonio del aspirante de Maistre.

¿Hay riesgos para todos, dijo Gironde? Es exacto. Como la escuadrilla alemana está en territorio enemigo tendrá sin lugar a dudas, su servicio de protección; pero lo que Gironde no ha dicho es que, normalmente, su puesto debía estar con la agrupación más importante del escuadrón, es decir, con las dos secciones a pie. Si él ha escogido otro, es porque lo considera más expuesto; él es el jefe...

Los cuatro oficiales han comprendido y callan: ¿No es esto propio de todo caballero?.. Es la consigna.

Y, además, puede ser que Gironde tenga otras ideas. Soldado de caballería, de alma, ha podido comprobar, desde la iniciación de la guerra, cómo la potencia del fuego demostró ser decisiva, mucho más todavía de lo que se había previsto. Una ametralladora o un simple fusil de repetición en una zanja o detrás de un alambrado bastaba para detener a la caballería. Era necesario desmontar, avanzar a pie, transformarse en infantería, enterrarse, progresar aplastándose en el terreno y hacer tirar a la artillería junto a ella... Muy pronto, sin duda, le serían necesarias las bayonetas. ¡Qué desilusión! ¡Qué pena!

Tal vez, Gironde presiente todas las tristezas del porvenir: el frente estabilizado, las trincheras, el gas, la guerra de posición que durará años, con barro, lluvia e inviernos, la lassitud y la muerte oscura en el fondo de un pozo... ¡Pobre caballería! ¡Ella que partió a la guerra con todas las ilusiones de esa época, con todas las armas de aquel tiempo! ¡Ella que blandía todavía su lanza, como mil años antes, en la época

de las justas y torneos! ¡Una lanza contra las ametralladoras y cañones! ¡Un miserable trozo de madera de 3 metros de longitud contra los tiros de los obuses, de 6 kilómetros de alcance!

Y después de esto, la aviación todavía, el arma diabólica que pasa por todas partes y penetra lejos en las líneas enemigas, riéndose de los obstáculos y de las tropas terrestres; que transmite con la rapidez del viento las órdenes y las noticias... ¡Pobre caballería! Llegaba al fin de sus hermosos días, esperando la incierta y lejana derrota del enemigo, en la que no volvería, tal vez, a encontrar, como en 1806, la ardiente exaltación de la persecución. Si; pero... ¿cuándo?

¡Más valía terminar todo de una vez! ¡Escuadrón contra escuadrilla; la lanza contra el avión! El pasado contra el futuro. Por lo menos, este sería un hermoso combate. ¡Qué alegría deshacerse, de una vez, en un cuerpo a cuerpo! En otras épocas, con los húsares de Pichegru, la caballería se había apoderado de una flota, en Texel. Faltaba todavía escribir una página. Un escuadrón iría ahora a apoderarse de una escuadrilla, a caballo y con lanza.

- Deseo estar a caballo- termina diciendo Gironde.

Y se coloca el casco.

¿Locura heroica, sacrificio vano, se dirá acaso?

- Vamos, pues- responde Kérillis.

Los infantes de rojo quepis de 1914, que corrían contra las ametralladoras; los cadetes de Saint-Cyr, de guantes

blancos; los jinetes que cargaban, no importa sobre qué, recatemente delante de ellos; Gironde arrojándose a caballo sobre los vehículos y los aviones, contra los molinos de viento, si los hubiera encontrado; todos, sin excepción, han sido sembradores de heroísmo. Su sublime ejemplo se ha cernido sobre los ejércitos. Su imagen ha revivido, sin cesar, reanimando en las horas sombrías los corazones desfallecientes.

¿Una muerte heroica inútil?... ¡Eso no existe!

 - ¡Reunirse!

Sin pronunciar una palabra, los hombres se levantan, interrumpidos en pleno sueño por los suboficiales. No se ha dormido, no se ha comido y ahora hay que volver a partir; pero es para combatir. Entonces, no importa...

Lentamente, forman las secciones. Los jinetes se alinean a la altura de las cabezas de sus caballos. Los oficiales se mueven entre ellos, reclamando silencio. El enemigo está muy cerca.

Gironde sale al patio. A su lado, alguien lleva un farol de caballeriza. A favor de esta vaga claridad, pasa la última revista a su escuadrón. Camina a paso tranquilo entre las filas, observando los rostros, las fisonomías, las miradas afectuosas fijas sobre él.

- ¿Listo, Porte?

- Sí, mi teniente.

- ¿y tú, Cossenet?

- Sí, mi teniente.

Él los conoce a todos por sus nombres, origen y situación. Sabe cuál es su familia, su carácter, su manera de pensar, sus preocupaciones, sus penas y sus esperanzas; son sus amigos. Para un oficial francés los hombres que le han sido confiados son siempre sus amigos.

La luz amarillenta de la linterna teje reflejos movibles en la noche azulada por la luna. Empuñaduras de sables, cabezadas, botones de uniformes, el pabellón de un clarín, moharras de lanzas, hebillas de correajes, cuellos blancos, galones de plata, ojos de caballos, etc., todo va saliendo, a su turno, de las sombras. Allí están los soldados: Jousenet, Liverneux, Potet, Chandorce, Museur, Neveux, de Bonnefoy, Chiffoleau, Dudit, Hauray, Roussel, Fontenay, Fraval, Grosnier, Martin, Saunier, Baqué, Bosseaux, Carré, Copin, Davaux, los suboficiales Jourdan, Créty, Gruel, Morquin, Rousseau, Démaret, y todos lo demás, todos los que constituyen esta tropa selecta y que, en todo momento, seguirán a Gironde hasta el fin, en la acción más fantástica, la más gloriosa que hayan librado jamás los jinetes de caballería.

- ¡A caballo!

Gironde monta su yegua de pura sangre, *Turquesa*. Los hombres suben penosamente sobre sus cabalgaduras. Sienten temblar los flancos de los pobres animales a los que se va a exigir un último y supremo esfuerzo.

- ¡De a dos! ¡Al frente, marchen!

Es la una y media de la mañana.

LOS ULTIMOS CABALLEROS

Afuera, todos se internan en la noche. El cielo está despejado y la luna alta. Las constelaciones palidecen. La Osa mayor se ha invertido hacia el oeste. Dentro de poco, el horizonte se teñirá de claridad hacia el oriente.

Se marcha al paso, en el mayor silencio. El aldeano que denunció a la escuadrilla enemiga avanza por el camino, a la cabeza del escuadrón. Poco después, sobre el horizonte tachonado de estrellas, se recortan los techos de un edificio.

- Es la Râperie- dice el guía, -es allí. Hay que tomar el camino que dobla a la izquierda. Los aviones están a unos 600 metros de aquí.

Por medio de señales, Gironde llama a su suboficial y le ordena adelantarse a pie, con dos hombres, para reconocer y determinar la posición exacta del enemigo. Se le esperará aquí.

Veinte minutos más tarde el explorador está de regreso. La escuadrilla alemana está allí. La noticia era exacta. Él ha

visto los vehículos en el camino y los aviones en el campo inmediato al mismo. No había ningún movimiento. Nadie lo ha sentido. No ha visto a ningún centinela.

En pocas palabras, Gironde da sus últimas instrucciones. A continuación, el movimiento se ejecuta en silencio. Las secciones de Kérillis y Villelume echan pie a tierra, dejando los caballos de mano detrás de los edificios de la Râperie, a razón de un guardacaballo por cada 6 caballos. Los dragones toman sus carabinas y deslizan un cargador en el almacén. Los zapadores del escuadrón se han provisto de hachas y sierras articuladas, pues si Dios lo permite, se lanzarán oportunamente sobre los aviones para destruirlos. Todos están graves y resueltos. En la sombra, las miradas se buscan. Kérillis, Villelume y los suboficiales han echado mano a sus revólveres. La noche es clara. Una brisa fresca acaricia los campos. A pocos metros, al otro lado de las cunetas del camino, se percibe el movimiento de la hierba al impulso del viento.

- ¿Listos?- murmura Kérillis.

- Listos.

- ¡Detrás de mí, en dos filas! ¡Adelante!

Todos desaparecen en la oscuridad.

Gironde se ha colocado a la cabeza de la sección de Gaudin de Villaine, quien marcha junto a él con el sable desenvainado. En el ala derecha se encuentra el aspirante de Maistre. Los hombres han sacado el regatón de la lanza de la cuja y llevan el arma inclinada, a través de la silla, con la moharra en alto.

Con la fusta levantada, Gironde los conduce tras de sí. Franquean el foso y descienden a campo traviesa, al paso, describiendo el arco de círculo, que lo ha de llevar sobre la derecha de Kérillis, frente a los aviones y a distancia de carga.

El subteniente Ronin, que ha quedado con su sección de reserva a caballo, en el ángulo de la Râperie, siguió con la vista, durante algún tiempo, a Gironde. Vio su elegante silueta de gentilhomme, derecha en su silla, conduciendo bien su cabalgadura y los estribos calzados a fondo, hundirse en las tinieblas junto con sus hombres, después de haber hecho la señal de avanzar. Durante algunos segundos, pudo distinguir la masa oscura de la sección, muro viviente, llevado por una confusa mezcla de patas de caballos, coronado de sombras evocadoras de guerreros de otra época y erizado de cascos, crines y lanzas. Las herraduras repiquetean sobre una tierra desnuda. Luego, todo se desvanece, perdido, esfumado como una alegoría, en el polvo azulado del claro de luna.

Es una época que desaparece. Los últimos caballeros de Francia van a cargar.

Ronin no los volverá a ver. Aislado con sus hombres, espera con el corazón oprimido. Pocos minutos más y el combate se desencadenará, bruscamente, a 600 metros de él, sin poder intervenir más que por orden de Gironde (si ésta llega). En caso contrario, procederá por propia iniciativa, como mejor aconsejen las circunstancias....

Rápidamente, aplastándose contra el suelo, utilizándolas zanjas poco profundas del camino y arrastrándose, luego, a medida que la distancia disminuía, el destacamento de Kérillis progresa sin hacer ruido, hasta llegar casi al contacto con el enemigo. Acostados entre el pasto, los hombres recobran el aliento, entrecortado por el movimiento agotador del arrastre. Por señales, Kérillis y Villelume los hacen desplegar a la altura de ellos, a izquierda y derecha, en una fila. Uno a uno, los hombres ejecutan la maniobra, ayudándose con los codos y las rodillas. A escasos metros se perciben las sombras rectangulares de los vehículos de la escuadrilla enemiga. Las alas de los aviones, de un blanco lechoso, con grandes cruces negra de Malta, pintadas, se distinguen nítidamente en la claridad de la luz lunar. Son biplazas de observación, del tipo Aviatik. Sin lugar a dudas, se trata de una escuadrilla de ejército, es decir, una presa muy valiosa. Destruída en su propio nido, bien vale la vida de algunos hombres aislados y alejados del frente; Gironde tiene razón.

Kérillis, rodilla en tierra, observa el objetivo. Brusca-mente, entre los vehículos, a diez pasos, surge la silueta de un centinela alemán, el que sondea las tinieblas y luego, con el fusil en alto, inquiere con voz alterada por la inquietud:

- ¿Quién vive?

- ¡Vamos! Ha sonado la hora del sacrificio.

Con un ademán Kérillis muestra el centinela al dragón emplazado junto a él, el soldado Museur, su asistente.

- ¡A ti!

Un breve relámpago y a continuación, una detonación desgarrar el silencio. El centinela, fulminado, se desploma sobre el camino.

Con gran calma Kérillis agrega inmediatamente:

- ¡Sobre los vehículos, fuego por salvas!

La descarga despierta todos los ecos de la noche. Luces amarillentas surgen en la oscuridad. Alaridos salvajes, exclamaciones de terror y gritos de dolor salen instantáneamente, de todas partes en el campamento alemán. Formas humanas saltan fuera de los vehículos,

- ¡Apunten..., fuego!

Una segunda descarga siega todo lo que hay al frente, hasta la altura de un hombre. Uno de los coches se ha incendiado. Altas llamas brotan de su tanque, Produciendo una claridad que ilumina el campo a gran distancia. Corren sombras en todas direcciones. Órdenes ásperas, en idioma alemán, se entrecruzan en la oscuridad.

- ¡Apunten..., fuego!

El destacamento de Kérillis ejecuta su tercera salva. La orden de Gironde ha sido íntegramente cumplida. Oficiales y dragones se ocultan, en seguida, en la alfalfa. El resplandor del incendio se refleja en sus cascos. El Cielo está enrojecido; hasta una gran distancia, se ve como en pleno día.

Entretanto, procedente de la derecha, se eleva un clamor, un formidable grito, que llega a las entrañas:

- ¡Viva Francia! A la carga!

Gironde y Gaudin de Villaine, a la cabeza de sus hombres, lanzas en ristre, cargan. Aparecen en el círculo luminoso que se extiende por el campo. Ante los ojos de Kérillis, que observa apoyado sobre los codos, se presenta una fantástica visión. Sobre el fondo negro de la noche, nimbados de luz, como bajo los rayos de un reflector, magníficos y terribles, bañados de reflejos sangrientos, jinetes y caballos se precipitan hacia adelante.

- ¡Viva Francia! ¡Viva Francia! ¡Carguen!

Las moharras de las lanzas, los cuellos blancos y los botones de los uniformes centellean. En un supremo esfuerzo, la sección íntegra rueda como un alud, directamente contra los aviones. Kérillis distingue a Gironde y a Gaudin de Villaine adelante, inclinados sobre el cuello de sus caballos y con el brazo extendido.

De improviso, en la confusión del campamento y entre las órdenes y los gritos, estalla un siniestro ronquido, como de motocicleta, un tableteo metálico, que Kérillis y Villelume reconocen al punto: una ametralladora alemana.

Bajo la dirección de sus oficiales, pilotos y observadores, todo el personal de la escuadrilla ha reaccionado. Un auto de turismo, equipado con una ametralladora montada sobre afuste, lista para la defensa, acaba de entrar en acción.

El destacamento de Kérillis no tiene tiempo de intervenir, cuando ve a la sección de Gaudin de Villaine abatirse en pleno galope, como bajo el golpe de una guadaña, en el pre

ciso momento en que, con las lanzas hacia adelante, iba a alcanzar a los aviones. Hombres y caballos se desploman juntos, alineados, cogidos al vuelo por la muerte. Desaparecen de la escena como escamoteados. Únicamente algunos, arrastrados por su ímpetu, saltan por el campo. En su mayoría son caballos sin jinetes. Otros, heridos, cubiertos de sangre, galopan al azar, en zigzag, enloquecidos, relinchando, chocando contra los vehículos y aviones, derribando todo a su paso e introduciendo el desorden. Otros, permanecen en su sitio, de pie, junto a sus jinetes muertos, inmóviles, paralizados por el estupor, alumbrados por el resplandor del incendio, con sus crines desgñadas por el viento, ofreciendo un conjunto de claridad bajo el terciopelo oscuro del Cielo. Una sola ráfaga, dirigida a quemarropa, aniquiló a la sección de Gaudin de Villaine. El futuro ha derrotado al pasado. Los caballeros medievales han muerto en pos de su ideal. Las ametralladoras los han aventado. Pero la gloria está junto a las lanzas.

Kérillis y Villelume no perdieron un detalle de la terrible escena. Gaudin de Villaine, fulminado, fue el primero en caer. Sin proferir un grito, se desplomó sobre su silla y, rodando hacia el suelo, quedó allí, acostado de espaldas, con los brazos en cruz y su pobre galoncito de subteniente brillando sobre la bocamanga. Tenía 20 años:

Su caballo, un hermoso animal de pura sangre, al que tanto quería, se detuvo al instante. Kérillis lo vio permanecer

un momento de pie, sin moverse, con la cabeza alta, en una actitud de retadora fiereza y, luego abatirse junto a su dueño.

Gironde, a su vez, se inclinó bruscamente, tronchado en plena carrera. Projectado fuera de su silla, cayó de pie, como si se resistiera a convertirse en un cadáver. Después dio dos vueltas sobre si mismo y, vencido se tumbó sobre un costado. Dos balas le habían atravesado el pecho, de parte a parte.

Su yegua siguió rectamente hacia delante (1).

Hombres y caballos yacen en confusa mezclanza, ora muertos, ora debatiéndose con sus heridas. Algunos caballos, en los espasmos de la agonía, lanzan coces intentan levantarse y vuelven a caer. Algunos dragones se arrastran sobre sus manos. Las lanzas abandonadas en plena impulsión, se han clavado en tierra como dardos.

Sin cuidarse del peligro, Kérillis se incorpora y corre bajo las balas. En pocos saltos llega junto a Gironde y se inclina sobre él, arrodillándose. Lo toma en sus brazos y lo llama en voz baja:

- ¡Gironde! ¡Gironde!

Gironde abre los ojos, sus grandes ojos azules, que durante toda su vida sólo quisieron conocer el ideal y el lado bello de la existencia, El velo de la muerte los va cubriendo. De su frente brota un sudor frío. Estrecha la mano de Kérillis y en un soplo dice:

(1) Llevada por un maravilloso instinto, la yegua de Gironde atravesó sola todas las líneas enemigas y, herida de un balazo en un muslo, se reunió con el 16° de Dragones

- A ti, Kérillis... Toma el mando. ¡Ve pronto!.

Y su mirada queda fija en las estrellas.

Gironde ha tenido el fin que él deseaba, el único digno de él, de un soldado de caballería. No llevaba, acaso en el corazón la frase de Lasalle, breve y cortante como un sable, Esa frase que resuena como un galope de carga: *Un húsar, que a los treinta años está aún vivo, no es más que un inservible.*

Lasalle murió a caballo, al galope. Gironde también.

ESCUADRÓN CONTRA ESCUADRILLA

Kérillis abraza a su hermano de armas y, piadosamente, lo acuesta sobre esa tierra, en la que acaba de caer, la más antigua de las tierras de Francia y la más amada: la tierra de la Ile-de-France. Luego se incorpora. El combate va a continuar encarnizadamente.

- ¡Al asalto! ¡Adelante! - grita Kérillis.

Todos se precipitan detrás de él.

Las balas silban por todas partes. Apenas cayó la sección de Gaudin de Villaine, cuando ya el suboficial Jourdan había señalado el vehículo del cual partieron los breves relámpagos de la ametralladora. Seguido por algunos hombres y con un coraje magnífico se arroja sobre él. En el mismo vehículo se entabla un salvaje cuerpo a cuerpo. Se combate allí a balazos, a golpes, a culatazos; las bayonetas destrozán

las carnes. Jourdan ha caído gravemente herido, lo mismo que muchos de sus hombres; pero su sacrificio no ha sido vano; los sirvientes fueron muertos y la boca dañina de la

ametralladora quedó destruida a bayonetazos. Fue reducida a silencio.

Por todas partes, en medio del campamento, se degüella entre un ruido infernal, a la roja luz del vehículo, que arde siempre como una antorcha. Los hombres se abalanzan unos sobre otros, se derriban, caen o se protegen detrás de los obstáculos.

- ¡A los aviones! - gritan Kérillis y Villelume.

Los dragones la emprenden con los aparatos. Protegidos por las carabinas de otros camaradas, que hacen fuego alrededor de ellos, algunos escalan los fuselajes y alcanzan las partes vitales, descargando furiosos hachazos. Hacen saltar tablas, rompen los travesaños, destruyen los tanques y quiebran las alas. Otros desgarran las telas, las arrancan, rompen los cables y tratan de incendiar los tanques de nafta que los Aviatik llevan a la altura del plano superior. Destruyen todo con rabia, en medio de aullidos, gritos en alemán o en francés, detonaciones y estertores.

Los valientes dragones del 16º, fanatizados, están irrecognocibles. Habiendo visto caer al teniente Gironde, el jefe que ellos adoraban, al Teniente Gaudin de Villaine, este oficial niño todavía, y a tantos compañeros queridos, se ha apoderado de ellos una salvaje desesperación .., un furioso deseo de vengarlos, de arrojarse sobre el enemigo y luchar, cueste lo que cueste, luchar a brazo partido. Apenas quedan 40; se batan a razón de uno contra dos y atropellan con un empuje irresistible, arrasando todo lo que encuentran delante. Mu-

chos yacen ya en el suelo, porque los alemanes también se defienden con energía.

Los uniformes grises combaten con un coraje igual al de sus adversarios. Pilotos o mecánicos resisten paso a paso. Se les ve correr cubiertos con el casco plateado o con un birrete, adornado con una escarapela que lleva los colores del Imperio. Lanzan gritos roncros, disparan tiros o, emboscados en las ruedas de los vehículos, fusilan a quemarropa a nuestros hombres. Quieren proteger sus aviones y, entreverados, se aferran a los aparatos, algunos de los cuales tienen ya el fuselaje seccionado y los planos arrancados. De una y otra parte, las pérdidas son sangrientas. También son numerosos los alemanes que han caído.

El foco de la resistencia parece haberse concentrado en un automóvil, sobre el camino, en medio de la columna de camiones y tractores del escalón rodante. Allí se escuchan órdenes lanzadas por una voz tonante, que domina el fragor de la lucha. Un oficial de elevada estatura, un verdadero gigante de anchas espaldas, cubierto con un casquete con funda roja, de pié en el vehículo, gesticula y grita en el tumulto. Exhorta a sus hombres y los dirige. Es, evidentemente, el jefe de la escuadrilla. De vez en cuando, salta fuera de su improvisado puesto de comando, para correr hacia un lugar determinado, descarga su revólver, vuelve, sube nuevamente y continúa dando órdenes.

Kérislis ha comprendido que es necesario hacer callar esta voz estentórea, derribar a ese coloso. Mientras tras que

Villelume y su sección se empeñan obstinadamente en destruir los aviones, él se precipita sobre el vehículo, seguido por 5 o 6 dragones. El jefe de la escuadrilla debe ser un temible tirador, pues ha matado o herido a muchos de los nuestros. Todos sus tiros dan en el blanco, Kérillis lo ha notado; pero él también está pronto, con el dedo sobre el disparador.

- ¡Atención!- les grita a sus hombres, corriendo.

Rodeado de sus soldados, que lo protegen, el jefe de la escuadrilla ha advertido que estos dragones franceses se dirigen contra él y desciende al camino, con el arma en alto.

En el preciso instante en que, delante de Kérillis, un brigadier salta, la zanja, la *parabellum* del alemán lanza una corta llamarada. El brigadier se desploma con un balazo en la cabeza. Y llega también el turno al soldado Museur, el asistente de Kérillis, que avanza al ataque, a su lado. El jefe de la escuadrilla alemana hace fuego por segunda vez y derriba a Museur con el pecho atravesado. Su herida es horrible. La abertura de salida de la bala en la espalda es del ancho de la mitad de la mano. La herida ha sido hecha con un arma desleal, inhumana. El coloso enemigo tira con balas dun-dun, de punta cruzada, o especialmente preparadas.

Al momento Kérillis lo alcanza. En un relámpago tiene tiempo de ver, casi tocándolo, el rostro congestionado, bajo la visera del casquete enfundado. Simultáneamente, la *parabellum* y el revolver de ordenanza francés se han levantado, boca con boca. Las dos detonaciones se confunden en un solo

fragor, mezclándose casi los fogonazos. Kérillis ha sentido un dolor ardiente, un choque brutal que lo ha hecho trastabillar. Tiene la espalda atravesada. El gigante germano se abatió como un bloque, sin pronunciar palabra, fulminado.

Por encima de sus cuerpos, los sobrevivientes se baten con rabioso encarnizamiento. Los golpes llueven de todos lados. Las balas silban y rebotan. El vehículo incendiado sigue lanzando resplandores sangrientos. De pronto, en el cuerpo a cuerpo, Kérillis queda un segundo parado, como atontado por un dolor atroz en el vientre. Acaban de producirle una nueva herida. Un velo negro cubre sus ojos y se desploma en la zanja.

*

* *

Cerca de la Râperie, el subteniente Ronin y sus hombres, a caballo, han permanecido largo tiempo con el oído atento y el corazón latiendo locamente. Después, el primer disparo que derribó al centinela alemán los sobresaltó. Escucharon todo: las tres salvas del destacamento de Kérillis, luego el grito vibrante de la sección de Gaudin de Villaine, conducida por Gironde: « ¡Carguen! ¡Viva Francia! ». Pero no han podido ver nada porque la pendiente del terreno les oculta el lugar del combate. Sólo el resplandor rojo que se proyecta en el cielo, la humareda que oscurece la claridad de la

luz lunar, el clamor y el crepitar de los disparos, atestiguan para ellos la violencia del combate.

Ronin, parado en los estribos y apoyada la mano en el borrén de la montura, escucha ansiosamente. Es duro para él permanecer allí inactivo, mientras sus camaradas se batan. No llega ninguna orden. ¿Qué hace Gironde? ¿Qué hace Kérillis? ¿Se olvidan de él? ¡Es, pues, inútil! Pero se afana en calmar la inquietud de sus hombres. ¡Esto va bien! ¡Va tomando buen aspecto! El ataque tiene éxito. Los aviones arden

Los hombres no dicen nada, escuchan Los mismos caballos están inmóviles. Las cimeras de los cascos y las orejas de las bestias apuntan en la misma dirección. Sobre la. Sección inmóvil, la luna en el cenit y el horizonte, color de púrpura, mezclan sus reflejos.

Al fin, Ronin, no puede contenerse más. Lleva demasiado tiempo esperando y no viene ninguna orden. Él debe obrar *como mejor convenga a las circunstancias*. «Sólo la inacción es infamante», dice con todas las letras, el Reglamento de Caballería.

- ¡De a cuatro, detrás de mí! ¡Al frente, marchen!

Al trote vivo Ronín se lanza por el camino.

Es el momento en que Kérillis acaba de caer y Villelume sostiene todo el peso de la lucha con los escasos hombres que le quedan. La resistencia del enemigo decae. El jefe de la escuadrilla ha muerto y ya no se escuchan sus órdenes ni sus exhortaciones.

n la noche, lejos del frente, cuando se creían seguros, estos alemanes, en su mayoría mecánicos, conductores y personal no combatiente, sorprendidos en pleno sueño, se han batido bien. Hay que rendirles el homenaje que se merecen. Ellos ignoran con qué fuerzas tienen que habérselas y qué ocultan las temibles tinieblas que los rodean. ¿No están, acaso, en país enemigo? ¿Qué saben lo que puede ocurrirles?

Cuando llega a corta distancia del lugar de la lucha, Ronin hace desplegar su sección al galope. No ve bien porque un poderoso reflector surge bruscamente y lo encandila con una luz deslumbrante.

- ¡A la carga!- grita Ronin.

Pero apenas desencadenada la sección, choca contra los camiones y arzones. Los caballos se encabritan y se dan vuelta. Una descarga nutrida, aunque mal dirigida, los recibe. Ningún jinete ha sido tocado.

- ¡Conmigo, de a dos!

Con un rápido movimiento Ronin desprende su sección. En el mismo instante se oye gritar a los alemanes, con fuerte acento tudesco:

- ¡Viva Francia! ¡Viva Francia! ¡Nos rendimos!

Sin embargo, estalla una nueva descarga. Sobre el camino se distinguen siluetas que corren, arrojan las bicicletas en las cunetas y echan rodilla a tierra para abrir el fuego. Es un destacamento de ciclistas enemigos que irrumpe en el lugar de la lucha.

Acantonado en Vivières, dicho destacamento fue alarmado por el ruido y ha acudido a toda velocidad. El uniforme característico de los dragones, con su casco, su pantalón rojo y su cuello blanco es fácilmente reconocido y atrae las balas. Y las atrae tanto más cuanto que la luz del incendio, en lugar de extinguirse, aumenta. Ronin tiene tiempo de ver a numerosos aviones incendiándose en medio del campo. Considerando imposible toda acción a caballo, reúne su sección y la conduce al trote hacia la Râperie, para dejar allí los caballos y regresar a pie.

A través del campo encuentra a los hombres del destacamento de Kérillis, que se repliegan a favor de las sombras. La misión asignada por Gironde a su escuadrón ha sido ampliamente cumplida: la mayor parte de los aviones de la escuadrilla enemiga han sido destruidos. Raros serán los que puedan volar mañana. Pero, ¡a qué precio! Muchos de los nuestros quedaron allá, abajo, y yacen en los campos de alfalfa o de remolacha.

El desprendimiento es difícil. Los jinetes de Villelume, a pie, cubren la retirada, recurriendo a sus últimos cartuchos y mantienen a raya a los ciclistas alemanes, cada vez más agresivos. Los impactos de los proyectiles arrancan chispas a las piedras del camino o se denuncian con un ruido opaco en la tierra blanda.

En los edificios de la Râperie, Villelume se encuentra con Ronin.

- ¡Rápido!- le grita. - ¡A caballo! ¡Nos persiguen!

Los disparos suenan a menos de 30 metros. A toda prisa los sobrevivientes del escuadrón saltan a caballo. Son en total 27, de los cuales 8 están heridos, algunos de ellos gravemente. Villelume y Ronin se ponen a su frente, y en un supremo esfuerzo desaparecen al galope.

Su misión no ha terminado.

Si Gironde, Gaudin de Villaine y Kérillis han rubricado con su sangre uno de los más gloriosos hechos de armas de nuestra caballería, sus cadetes Villelume y Ronin, egresados de Saint-Cyr, se preparan a escribir una página igualmente gloriosa.

Oportunamente los volveremos a encontrar al amanecer.

EL TENIENTE KÉRILLIS

Kérillis ha abierto los ojos. A su alrededor, el combate amaina. La fusilería crepita todavía; pero los disparos se alejan. Después de haber inutilizado los aviones, los dragones se retiran a campo traviesa. Las brasas del incendio arrojan sus últimos destellos y terminan por extinguirse.

Kérillis se halla tendido al borde del camino. A la altura de su rostro se ven dos gruesas suelas claveteadas. Son las botas del jefe de la escuadrilla alemana, a quien él ha matado. Su cuerpo gigantesco quedó tumbado allí. Alrededor de ellos hay otros cadáveres. Alemanes y dragones se han batido con furor. Cuando Kérillis cayó, sus hombres se precipitaron sobre él para rescatarlo. Ninguno de ellos quería dejarlo ni vivo ni muerto en manos del enemigo. Este joven y ardiente jefe, de mirar profundo, es ya a los veinte años, un conductor de hombres. Los suyos lo seguirán, no importa adonde. Y lo han seguido.

Todos se lanzaron con desesperación para proteger su

Cuerpo. Heroísmo inútil en medio de ese racimo de alemanes, que envían golpes y proyectiles de todas partes. Pero nadie retrocede. El bravo Cossenet se hizo matar sobre el cuerpo de su teniente, mientras trataba de llevárselo. Está allá, sin vida, acribillado a balazos, ostentado en sus mangas los humildes galones de lana roja, de soldado de 1.^a clase. A dos pasos, Museur agoniza. A ambos lados, el cuerpo de un brigadier, plegado sobre sí mismo... y otros.

Kérillis levanta la cabeza y observa. "Una mano le sacude la espalda y una voz murmura junto a su oído:

- ¿Mi teniente? ¡No está muerto!

Uno de sus hombres quedó tendido en la zanja, fingiéndose muerto. Le pareció que su superior se movía. Con la cabeza descubierta se arrastra hasta llegar a su lado.

- ¿Mi teniente? ¡No está muerto!- repite ansiosamente el hombre, mientras su mano sacude con más fuerza.

- No, mi viejo...

- Entonces, esto marcha; no se esfuerce, que yo lo llevaré.

- No, mi valiente, deja... sálvate tu...

Por toda respuesta, Kérillis se sintió tirado por las piernas, arrastrado e izado sobre sus espaldas.

A algunos pasos, otro dragón se incorpora. Él también esperaba. Entre ambos transportan a su oficial, arriesgando la vida cien veces... Si los descubren serán muertos de inmediato. Ciclistas enemigos pasan, pedaleando por el camino, casi

Casi rozándolos Otro tanto ocurre, luego, en el campo, con sombras alemanas que corren. Ellos se detienen, permanecen inmóviles, pegados contra el suelo, esperan así breves instantes y vuelven a partir. A costa de un esfuerzo sobrehumano, poco a poco, logran salvar los 600 metros que los separan de la Râperie.

Aquí no encuentran a nadie. Los sobrevivientes del escuadrón, con los subtenientes Villelume y Ronin, acaban de desaparecer en la noche. No obstante, a la luz de la luna surgen algunos hombres aislados, a pie, que se buscan y se reconocen. Son rezagados, que se agrupan alrededor de Kérillis.

Aparecen también varios caballos errantes, que arrastran entre sus patas las riendas cortadas. Por instinto han regresado al punto de partida. Al sentirse llamados por los hombres, se acercan y se dejan tomar. Todavía están temblorosos y cubiertos de sangre. El caballo de Kérillis es hallado detrás de la Rêperie, a cargo del soldado que lo tenía a su cuidado y que, fielmente, no se ha movido, esperando el regreso del oficial. Con gran trabajo Kérillis es alzado sobre su silla. Dos dragones lo acompañan, sosteniéndolo. Los que carecen de caballo marchan a pie, con la carabina en la mano. En total son 6 ó 7.

Los últimos disparos han cesado; los resplandores del incendio acaban de extinguirse. El enemigo no los persigue. El pequeño grupo se encamina al azar, a través de los campos, hacia el norte. Recorre así 3 kilómetros, cruza la

histórica calzada de Brunehaut y llega al linde de un pueblo, no. lejos, del valle del Aisne: Montigny-l'Engrain. Son ya las 4 horas. Los gallos comienzan a cantar en los corrales.

Arriesgando el todo por el todo, un hombre se dirige hacia la primera casa y llama a la puerta, para informarse. La villa está libre de alemanes. Es una suerte inesperada; ¡pero hay que apresurarse! Si desde la invasión, el enemigo no acantonó más que una sola noche en Montigny-l'Engrain, al menos sus tropas circulan todos los días por el camino que atraviesa a la localidad.

Los habitantes, interrumpidos en su sueño, reciben al destacamento, que está verdaderamente extenuado. El abate Saincir, cura de la parroquia, organiza los auxilios. Es necesario que todos los hombres y los animales se oculten y desaparezcan pronto, sino todo estará perdido. Las estrellas palidecen, la luna se torna opaca. Pronto amanecer...

En media hora todo queda arreglado. Los dragones y los caballos han sido dispersados, repartidos entre los habitantes más valerosos, que aceptaron correr los riesgos, tan peligrosos, de disimularlos entre ellos. Con la autorización de Kéri-llis los hombres se han vestido de civil. Sus uniformes, cascos, armas y equipo son sepultados en las pilas de heno, en las granjas, o enterrados en el campo. Todo ha desaparecido. Si, por casualidad, fuesen descubiertos por el enemigo, se les hará pasar por raquíticos y escrofulosos y, como tales,

exceptuados de la conscripción. Ellos, por su parte, desempeñarán ese papel.

En cuanto a los caballos, evidentemente, será más difícil. Las animosas bestias fueron conducidas, aisladamente, a los establos. El herrero les ha borrado, con un hierro candente, el número del regimiento estampado en el vaso, y la inicial denunciadora: *D* (Dragones).

¿Militares ellos? ¡Vamos, pues, son civiles! So pacíficos caballos de arado o de tiro, bien manso, librados de la requisición y, como la invasión fue tan rápida, fueron dejados. Ignoran el sonido del clarín y no conocen otra música que la del látigo y los gritos de los peones que guían el arado.

El abate Saincir hizo transportar a Kérillis a la curia. Allí lo desvistió y lo curó. La herida de la espalda no es grave. La bala le atravesó el hombro. Pero, la del bajo vientre es más seria. Un golpe brutal, aplicado, sin duda, con una barra de hierro, le ha hundido la ingle. Kérillis sufre horriblemente; tiene fiebre y es de temer una complicación.

El sacerdote lo acostó en su cama. Él lo velará y cuidará. Si el enemigo lo interroga, dirá que Kérillis es su sobrino, tísico en último grado, que vive acostado desde hace tres años, que está agonizando, y que su muerte sólo es cuestión de días.

Pensando bien, la fábula parece peligrosa. ¿Sobrino de un cura? ¿Pasará esto? El enemigo puede encontrar sospechosa la historia. Es, sin embargo, la única que puede

contarse. Pero no en casa de un cura; en la de cualquier habitante sí, no en la de él.

Sobre este punto todos están de acuerdo. Todos los aldeanos que han invadido la curia son del mismo parecer. ¿Pero, quién se encargará, entonces, de la comprometedor persona de Kériillis? El abate Saincir no vacila. Se dirige a su más declarado enemigo político, el granjero Raynaud, de ideas avanzadas, que jamás pone los pies en la iglesia y profesa la más viva hostilidad contra la religión y sus sacerdotes.

La política era buena todavía un mes antes, es decir, antes de la guerra. Hoy, bajo la planta del invasor, comunistas, socialistas y conservadores son palabras carentes de sentido. Los franceses son capaces de despedazarse, a veces, en tiempo de paz, por cuestiones de colores y matices; pero, declarada la guerra y desatada la ola de la invasión, todos olvidan de inmediato sus diferencias, se tienden la mano, y el viejo nombre de la patria vuelve a encontrar la máxima sublimidad de su significado. Y siempre será así.

En consecuencia, el abate Saincir se dirige al granjero Raynaud, socialista, y éste acepta sin vacilar. El riesgo es, pues, mortal. Una simple, visita domiciliaria, una sospecha, un gesto separando los vendajes de una herida en curación, y Raynaud, socialista y, sin duda, antimilitarista, será fusilado. Pero él, por más socialista y antimilitarista que pueda ser, ocultará en su propia casa a un oficial de caballería, el cual,

por ironía, lleva nada menos que un nombre socialista. Tales son los franceses...

Raynaud es un valiente. En menos de cinco minutos Kérillis es transportado a su casa, instalado en la más hermosa habitación y acostado. Sus efectos militares, sable, revolver, cartera portapliegos, etcétera, son enterrados en el patio, envueltos en bolsas, bajo un montón de estiércol.

Dos horas después, a las 6; el enemigo hace irrupción.

Todas las puertas son sacudidas y las casas visitadas. Es necesario que los habitantes preparen sus viviendas y alisten víveres, pues las tropas van a acantonar, sin duda, por varios días. ¡Gran emoción! Los dragones, de civil, son empujados a los más profundos escondrijos. Los caballos adquieren un aspecto más civil todavía, con sus ancas frotadas con estiércol, sus olleras y pretales, prontos a partir hacia el campo.

La casa de Raynaud, situada a la entrada del pueblo, era una de las más confortables. Por lo tanto, en ella se alojarán oficiales alemanes. Así acaba de anunciarlo un suboficial furriel. Al ver al enfermo, consideró perplejo el rostro demacrado de Kérillis, acostado con las mantas extendidas hasta el mentón. No importa. Lo peor que sea para el tuberculoso. Debe ceder su habitación, la cama y las frazadas. En todo caso se acostará al lado, en la cocina, sobre las baldosas, con los suboficiales alemanes. Y como se encuentra tan enfermo, se

le dejará su jergón. ¡Eso es todo! ¡Ejecución inmediata!

Las cosas se ponen mal. Un detalle y todo será descubierto. El suboficial se aleja. Kérillis es instalado rápidamente en la cocina, sobre un jergón miserable, con mantas agujereadas y sábanas que nadie le disputaría.

¡Y durante tres días mortales vivió así, en las mismas manos del enemigo! Conoció las emociones de la liebre en su refugio, cuando al lado ha venido a sentarse el cazador. Durante tres días y dos noches vio un incesante vaivén de oficiales, con sus cascos a perinola, atravesando la habitación; de suboficiales de uniformes grises, que allí, junto a él, extendieron sus lechos de paja, que lo miraban, lo examinaban y se burlaban de él, de ese francés, de ese insignificante adversario de rostro livido, de ojos cerrados y respiración jadeante.

¡Ah!.. ¡Si ellos hubieran visto la sombría mirada que se filtraba bajo sus párpados! Si hubieran podido imaginarse que sus intenciones eran escuchadas, traducidas y registradas! Si hubieran podido ver, después de partir y abandonar la casa, a Kérillis, levantándose, arrojar sus mantas, sentarse y llamar a Raynaud:

¡Pronto! ¡Elementos para escribir!

Porque Kérillis, en su indomable energía, comprende que todavía puede ser útil. ¿Podría, acaso, haber hecho alguna vez un reconocimiento mejor que éste, en las propias líneas enemigas! Tiene todo en sus manos; los alemanes que

no desconfían y conversan; tiene estafetas para transmitir las noticias: el cura, el alcalde, y también Raynaud, que trota a través de los campos para reconocer las posiciones del enemigo y señalárselas a Kérillis. Éste dispone de su carta del Estado Mayor, que Raynaud ha exhumado de su cartera, enterrada bajo el estiércol; tiene papel, sobres y un lápiz para escribir. También cuenta con los dragones, vestidos de civil, prontos a hacerse matar por llevar las noticias a las líneas francesas.

Kérillis, el abate Saincir, el alcalde, Raynaud y los jinetes disfrazados de aldeanos, constituyen los elementos de un audaz destacamento de exploración, incrustado en el mismo corazón del dispositivo enemigo. Todos han respondido al llamado de Kérillis. Cada uno de ellos arriesga doce balas en la piel. No hay remedio. Pero ellos quieren vencer las dificultades. ¡Y lo van a lograr!

Durante este tiempo, Kérillis recibió la visita de un verdadero aparecido: el aspirante Luis de Maestre. Es uno de los raros sobrevivientes de la sección de Gaudin de Villaine. ¿Por qué prodigio logró salvarse, con cuatro o cinco hombres, de la ametralladora que segó a toda la sección? Él mismo no podría explicarlo... O al menos lo justifica con la talla elevada de su caballo. La ametralladora tiraba bajo.

Todos los que, como él, resultaron ilesos o simplemente heridos en las piernas, montaban caballos altos. Sus cuerpos sobrepasaban la napa de proyectiles. De Maistre había reunido a esos hombres y, replegándose en la oscuridad, vino a dar

a una granja en los alrededores de Montigny-l'Engrain. Enterado de la presencia de Kérillis en la misma localidad, acudió a ponerse a su disposición.

Al amanecer del 11 de septiembre, el rodar de la artillería hace vibrar los vidrios. Y este rodar es tan intenso, que una maravillosa esperanza anida en el corazón de los habitantes. ¡Los nuestros se aproximan, no hay duda! ¡Ayer se batían más al sur! ¡Hoy avanzan!

La fisonomía de los alemanes es el índice más seguro de ello, pues ya no es la misma de antes. El mayor que usa la cama de la cual fue echado Kérillis demuestra preocupación. Él y los suboficiales no se entregan ya a sus acostumbradas bromas, a costa del francés moribundo:

- ¡Paris *Kaput!* ¡Los franceses *Kaput!*

Arrodillado junto a Kérillis, el alcalde continua en voz baja lo que Raynaud le ha dicho poco antes.

- Están construyendo obras defensivas, no lejos de la localidad, al otro lado de la meseta y a lo largo del camino que va a Soissons. ¡Mire!, desde la ventana, se ve el lugar. Ponen gran cuidado en el trabajo y lo hacen con toda rapidez. Parece que esperan a los franceses y se preparan a resistir.

Kérillis interroga ansiosamente:

- ¿Qué forma tienen esas obras? ¿Cuántas hay? ¿A qué distancia están unas de otras? Es necesario averiguarlo.

El alcalde vuelve a reconocer, observa los trabajos y regresa. Ha visto 6 obras: 6 espaldones, todos iguales, con un

parapeto de tierra, de forma semicircular. Distan, más o menos, 20 metros unas de otras.

Kérillis ha comprendido: son trincheras para una batería de artillería.

En la cocina no hay nadie. Hay que aprovechar. Apresuradamente, Kérillis hace escribir al alcalde un informe que él le dicta (es el tercero). Marca sobre un fragmento de su carta el emplazamiento exacto de las obras, y previene, en el informe, que, si desde Montigny-l'Engrain el enemigo abre fuego de artillería, es en la parte señalada donde habrá que buscar las piezas. Añade, además, datos precisos sobre la clase de tropas alemanas existente en la región, los números de los regimientos y el estado moral del enemigo. Luego, envía a buscar, al pueblo, a uno de sus hombres, vestido de civil. Éste llega, recibe el precioso mensaje y Kérillis le estrecha la mano.

- Tu llevarás esto. Irás hasta las líneas francesas. ¿Sientes el cañoneo? Los nuestros se acercan ¡Es necesario que pases! ¡Es preciso que pases, a cualquier precio! Cuando lo hayas logrado, busca a un oficial; le harás leer este pliego y luego le preguntarás donde hay un general. Irás hasta él y le entregarás el mensaje. ¿Comprendido?.

- ¡Comprendido, mi teniente!

- ¡Hasta la vista, valiente mío!

- ¡Hasta la vista, mi teniente!

El hombre sale, rozando las paredes. Lo mismo que los

otros dos, que partieron antes que él, va hasta la casa del zapatero, el que desclava el talón de su bota, introduce el mensaje bajo la suela y la vuelve a clavar.

Después, al caer la tarde, se aleja hacia el sur.

Es la noche del 12 de septiembre.

En la misma noche, el aspirante de Maistre, que llegó a la cocina, vestido de civil, recibe de Kérillis un extenso informe, que deberá llevar al comando francés, al que está destinado.

El 13, a la mañana, las tropas de von Kluck están en plena retirada. Hasta el alba, tanto Kérillis, acostado en su jergón, como los dragones agazapados en el fondo de los sótanos y los habitantes de Montigny, encerrados en sus casas, han escuchado el rumor sordo de sus columnas, el rodar confuso de los convoyes, de los cañones, arzones y vehículos, entre órdenes bruscas y restallar de látigos, el incesante pisoteo de los batallones y regimientos, y el golpeteo de las herraduras de innumerables caballos.

¡Sí! ¡Es la retirada! Ha comenzado hace 3 días; pero ahora se acelera. Por todos los caminos nacionales de Francia, que esta vez resultan excesivamente angostos. Por todos los senderos y aun a campo traviesa se observa el reflujo. La ola invasora retrocede hacia el norte. Es un rumor de río desbordado, un ruido inmenso que llega hasta las calles del pueblo, golpea en las puertas y ventanas y se pierde, luego, en la noche. Von Bülow ha sido rechazado en el Marne por Franchet d'Esperey y von Kluck: ha estado a punto de ser

envuelto por Maunoury. Fue, pues, preciso resignarse y dar vuelta a toda prisa.

Pero, de tramo en tramo, el enemigo deja fuertes retaguardias, fortificadas en 'el terreno', con la misión de resistir y retardar a toda costa el avance francés.

Es así como, al llegar el día, son ocupados los emplazamientos de la batería, preparados la víspera cerca de Montigny-l'Engrain. Hacia el sur ha comenzado el cañoneo y, bien pronto, se extiende de este a oeste. Luego, siguen la fusilería y el siniestro zumbido de «máquina de coser» de las ametralladoras, que detrás del horizonte cosen invisibles sudarios. La batalla se desarrolla a corta distancia.

En las calles de Montigny-l'Engrain reina una febril actividad. Bajo las miradas, aparentemente indiferentes, de la población, los uniformes grises se mudan. En los acantonamientos recogen sus armas, sus bagajes, sus equipos, y abandonan las casas, cuyas puertas están llenas de inscripciones, a tiza, en lengua alemana, Bajo las burlonas miradas de Kérillis, los suboficiales salen de la cocina, para siempre, olvidándose de decir: «París *Kaput*».

A la mañana, las baterías emplazadas al otro lado de la meseta abren el fuego. No tiran mucho tiempo; los franceses se aproximan. Desde la ventana donde observa Kérillis, se ve caer, de pronto, una ráfaga de obús de 75; luego, otra. En dos salvas la artillería alemana quedó horquillada. Los shrapnels y las granadas acribillan a los sirvientes y a las piezas. En pocos minutos los 77 alemanes enmudecen.

Sin lugar a dudas, el informe enviado por Kérillis llegó a destino. Por el momento, él lo ignora; pero lo sabrá más tarde. De los tres valientes que se empeñaron en pasar las líneas enemigas, dos fueron muertos y el tercero llegó.

En cuanto al aspirante de Maistre, con las mayores dificultades logró hurlar todas las vigilancias, y el 13 al aclarar se presentó en el hotel de Villers-Cotterêts, donde acababa de llegar un estado mayor de cuerpo de ejército francés.

A mediodía, los últimos alemanes se retiran haciendo fuego. La fusilería resuena a la entrada del pueblo. Las balas arañan los frentes de las casas y quiebran las tejas de los techos. Se escuchan clamores. Kérillis abre totalmente la puerta y se mantiene de pie en el umbral, con el brazo en cabestrillo. Llegan, por fin, los primeros soldados franceses. Son tres, que irrumpen a paso de carga, con las bayonetas en alto. Kérillis los detiene y se da a conocer. Son infantes de la famosa 14.^a División del general de Villaret. Están bajo la exaltación de la victoria, con el quepis encajado en la nuca, el rostro chorreando sudor, las mangas recogidas y la ropa llena de tierra. Sobre la bocamanga del primero de ellos, brilla el galón dorado de sargento. Llevan quepis rojo, capote azul oscuro y pantalón grancé. Son los vencedores del Marme.

- ¿Donde están los oficiales?-pregunta Kérillis.

- ¿Los oficiales? cayeron muertos todos. Hace mucho

que no existen. ¡Soy yo quien manda la compañía ahora! - grita el sargento, que ya se aleja corriendo.

Los soldados franceses penetran en el pueblo por todas partes. El sol resplandece, a través de las nubes. Es la liberación.

Kérillis se apoya en el marco de la puerta. Vuelve a ver a Gironde, Gaudin de Villaine, sus camaradas, sus hombres, sus caballos... Dos lágrimas se deslizan por sus mejillas.

EL DESTACAMENTO DE VILLELUME y RONIN

Hemos dejado a los subtenientes Villelume y Ronin con sus hombres, desapareciendo al galope en la oscuridad de la noche, cerca de la Râperie. Volvamos a su encuentro, porque ellos se mostrarán dignos hermanos de armas, de Gironde, de Gaudin de Villaine y de Kérillis. Estos dos jóvenes oficiales darán pruebas de una grandeza de alma digna de la Antigüedad. Plutarco no posee páginas más hermosas. Está escrito que el Escuadrón de Gironde dejará el recuerdo más puro. En sus filas, oficiales, suboficiales y soldados, todos se conducirán magníficamente. No habrá una excepción; no se verá un desfallecimiento.

Después de galopar un centenar de metros, Villelume levanta el brazo.

- ¡Alto!

¿Cuántos hombres le quedan? Los cuenta: son 27, de los cuales 8 están heridos y se mantienen con gran trabajo a caballo. ¿Dónde están? En campos desconocidos, Villelume no

tiene carta; Ronin tampoco. Las únicas que poseía el escuadrón quedaron con Gironde y Kérillis.

Los últimos disparos rasgan las tinieblas. Y el enemigo cesa el fuego. Villelume y Ronin se consultan. ¿Y ahora qué se hace? La situación es más dramática que nunca. Los caballos están, esta vez, realmente al término de su resistencia, incapacitados para el menor esfuerzo. Pronto caerán. Los hombres parecen espectros; no han dormido, no han comido, se han batido y no les quedan más proyectiles. En este pelotón de sobrevivientes solo hay algunos sables y lanzas; nada más.

Pero Ronin y Villelume son del mismo parecer. ¿Abandonar la partida? ¡Jamás! Intentarán infiltrarse por entre las líneas enemigas, cueste lo que cueste. ¡No se declararán vencidos! ¡No se rendirán!.

Pronto se esparce el rumor de que Kérillis se ha salvado, que ha sido transportado por sus hombres a la chacra de Vauberon. Villelume y Ronin deciden ir inmediatamente a reunirse con él. Pero en la granja de Vauberon no hay nadie. Kérillis no está allí ni nadie le ha visto. Ha tomado otra dirección. Es en Montigny-l'Engrain donde habrá que buscarlo; pero esto lo ignoran ambos oficiales.

El resto del Escuadrón de Gironde vagará, pues, a la ventura toda la noche, al paso, a través de los campos.

Al aclarar alcanza una granja aislada, como las que, se alzan de trecho en trecho en estas mesetas desnudas de

Soissons. Es la granja de Hautefontaine, a escasa distancia de la orilla del bosque de Compiègne, del que sólo la separa la cortadura profunda del Vandy. Está situada en el nacimiento de un barranco, que cruza en dirección al Aisne. Muy cerca, a menos de 1kilómetro, sobre la vertiente este, se agrupan en un repliegue del terreno los trechos de Montigny-l'Engrain. A la misma hora, Kérillis y sus 6 hombres acaban de llegar allí. Pero ellos no se encontrarán ni los reunirá tampoco el azar. Cada uno marchará hacia su destino.

Como hiciera Gironde en la granja de Vauberon, Villelume y Ronin se organizan en acantonamiento de alarma, en la chacra de Hautefontaine. En las puertas se construyen barricadas, excepto una, que se deja libre para poder huir.

Los caballos, después de beber y de haber comido un poco de pasto, son dejados ensillados en el patio. En todos los ángulos se instalan centinelas a pie. No se dispone de un solo cartucho.

Los dos oficiales establecen un plan. Inclutados sobre una mala carta, que acaban de descubrir en una de las habitaciones, resuelven permanecer todo el día ocultos en la granja, a fin de hacer descansar a sus hombres y caballos; luego, a favor de la noche, marcharán hacia el sudoeste, es decir, en procura de las líneas francesas. Franquearán el arroyo del Vandy a la altura de las aldeas de Chelles y Saint-Etienne y después se verá qué se hace. ¡A la gracia de Dios!

Es Villelume, el más antiguo, quien ha tomado el mando.

Su resolución es sabia, más de lo que ellos se imaginan. Bajo la presión de nuestras tropas, el enemigo comienza su retirada. Si los acontecimientos les permiten mantenerse solo dos días en este recinto, sin que su presencia sea descubierta, serán libertados por el avance francés ¿Tendrán esa suerte?

Se está ya en pleno día. Los habitantes de Hautefontaine acaban de reforzar la red de centinelas, para mayor seguridad del destacamento y permitir, al mismo tiempo, descansar a los dragones. El sol asciende en un cielo rojo, estampado de innumerables *cirrus stratus*, índice de viento próximo.

Poco antes de las 6, un avión alemán, de grandes cruces negras, pasa muy bajo por la vertical de la granja; enseguida vira, y el ruido de su motor se pierde hacia el norte. ¿Qué busca? ¿Habría notado en el patio la presencia de los caballos y de los Dragones con su casco y sus pantalones rojos? ¡Siempre esa aviación maldita!

Villelume y Ronin tienen la impresión de este Aviatik ha volado sobre la meseta, con la misión de descubrir a los sobrevivientes del Escuadrón de Gironde. Pero ¿acaso no nos creemos siempre vistos por el avión que vuela encima nuestro? Coincidencia o relación de causa a efecto, sea lo que fuere, de pronto se repliegan los centinelas. ¡Alerta! ¡El enemigo viene!

Villelume estaba en guardia. Hace montar a sus hombres y abrir la salida que da al campo. Bien pronto, violentos

culatazos rompen la puerta que da sobre el camino. Cuando los batientes de ésta ceden, el último dragón acaba de doblar al galope, por el ángulo del muro. Villelume y Ronin han conseguido desaparecer en las narices del enemigo.

La situación no por eso ha mejorado. En plena luz, sobre los terrenos desnudos, sin una cubierta, en una región infestada de tropas alemanas, 20 jinetes no pueden pasar inadvertidos por mucho tiempo y, a pesar de ser ahora menos, son también señalados y activamente buscado por el enemigo.

A toda costa, Villelume y Ronin deciden intentar de inmediato, lo que hubieran querido emprender recién al cerrar la noche. Por suerte, encontrarán a cada paso numerosas localidades libres de enemigo, es decir, relativamente libres, puesto que el enemigo no cesa de pasar, de tiempo en tiempo, por ellas. Es necesario vigilar y aprovechar los instantes propicios.

La aldea de Hautefontaine, no lejos de la granja del mismo nombre, no está ocupada. Villelume aprovecha esta circunstancia para proceder a la evacuación de sus heridos, que deja al cuidado de los habitantes. A continuación, prosigue su marcha hacia el oeste, con la idea no de penetrar en el bosque de Compiègne, muy vigilado, seguramente, sino de deslizarse por el estrecho pasaje que lo separa del bosque de Villers-Cotterêts, en dirección a Crépy-en-Valois.

La pequeña columna franquea sin dificultad el Vandy, por Chelles. En todas partes los habitantes proporcionan informes a los exploradores de la punta y afanan en facilitar la

marcha del destacamento, exponiéndose a los mayores riesgos. De este modo, al llegar a Saint-Etienne, los dos oficiales franceses se enteran de la presencia de tropas alemanas, incluso un estado mayor, muy cerca de ellos, en Pierrefond, por lo cual oblicuan más al sur. A campo traviesa y utilizando al máximo los menores pliegues del terreno para sustraerse a las vistas del enemigo, recorren así 3 o 4 kilómetros sin ser descubiertos.

La esperanza renace. El sol centellea sobre el follaje verde de las remolachas y el oro de las gavillas abandonadas. A la derecha, se encuentran muy próximos los lindes del bosque de Compiègne. Hacia el sudoeste, el cañón ronca con creciente intensidad. Los sobrevivientes del escuadrón piensan que la suerte les sonríe al fin, que ya alcanzan la salvación.

Los exploradores avanzan con extremada prudencia, se detienen, observan atentamente los alrededores, antes de reanudar la marcha.

De improviso, se abre un inesperado fuego de fusilería, desde el linde del bosque y a menos de 300 metros. Los proyectiles encuadran a los jinetes con su característico silbido y salpican de polvaredas el suelo reseco, a los pies mismos de los caballos.

- En forrajeadores, ¡al galope!

Villelume conduce a sus hombres hacia la izquierda. Las balas persiguen como un enjambre de muerte. Finalmente, una pendiente oculta a los jinetes de las vistas del enemigo. Nadie ha sido tocado. Los caballos, agotados por este

esfuerzo, están bañados en sudor, temblorosos sobre sus remos. Villelume los mira con inquietud. ¿Cuánto tiempo podrá mantenerse así? Vuelve a partir al paso, siempre en dirección al sudoeste. Su energía es inflexible. Quiere pasar a todo trance.

Un caballo rueda con gran estrépito debajo de su jinete. Está exhausto. Trata de levantarse y vuelve a caer. No hay más remedio que abandonarlo. El dragón toma sus armas y corre a pie, al lado de sus camaradas.

Cien metros más allá son recibidos por salvas de artillería, dirigidas desde corta distancia. Por fortuna, los shrapnels explotan un poco alto, con un estruendo que aturde y que haría encabritar a los caballos, si no fuera porque no tienen fuerzas para ello.

¿Artillería tirando a quemarropa contra estos 20 Jinetes? ¡Qué honor!

- ¡Detrás de mí, al galope!

Nuevamente, Villelume logra desprender su destacamento. Los dragones conducen sus caballos a fuerza de espulzos. Otro caballo cae muerto de cansancio. El hombre que lo montaba, rodó entre el polvo. Luego se levantó y, por humanidad, como hacen los jinetes en estos casos, desensilló al infortunado animal, libertándolo de su equipo, al que arroja lejos. Carabina en mano, corre él también al costado de la columna. Son ya varios que van así.

Villelume y Ronin se consultan. ¿Qué pueden hacer? De todos lados los ven. ¡Ah! Si el uniforme fuese menos visible,

el enemigo, tal vez, no los notaría. ¡Tan lejos del frente, los podría haber confundido con sus propias tropas! Pero, ¿qué hacer con estos uniformes absurdos e inapropiados para la guerra, con estas blusas oscuras y estos pantalones rojos, que resaltan como amapolas en los campos de trigo?

Comprendiendo que en pleno día no será posible abrirse paso en dirección a Crépy-en-Valois, Villelume resuelve replegarse lo más rápidamente posible hacia la sombra propicia de Villers-Cotterêts, es decir, sobre su punta extrema, al sur de Rétheuil. Es un cambio completo de dirección que, en adelante, lo conducirá hacia el sudeste. La localidad de Rétheuil está libre. Villelume y Ronin aprovechan para hacer descansar un poco a sus hombres y caballos detrás de las casas. Pero, en seguida se perciben numerosos convoyes alemanes, que salen del bosque de Villers-Cotterêts y se dirigen sobre Taillefontaine y Mortefontaine. Alcanzar, pues, el bosque, resulta problemático. Sin embargo, Villelume lo intenta.

El destacamento se encamina hacia allí, por la parte más apropiada y, cuando sólo falta 1 kilómetro para llegar al linde del bosque, un pelotón de jinetes, de uniformes claros, desemboca inesperadamente de las arboledas. No se distingue bien; la polvareda levantada por los cascos de los caballos dificulta la visión. Villelume observa con los gemelos.

- ¡Húsares franceses!-grita.

Una alegría sin límites inunda los corazones. Es la salvación de todos

Más lejos, detrás de los primeros jinetes, un segundo pelotón acaba de salir del bosque, desplegando en *forrejeadores*; luego, otros en columna. Los dragones se dirigen a prisa hacia ellos, mientras Ronín adelanta a un suboficial a tomar contacto.

El suboficial; cuyo caballo hace un último esfuerzo, se aleja al trote vivo. Pero, de pronto, se le ve dar vuelta y regresar a todo galope. ¿Qué pasa? Villedume vuelve a observar con los anteojos.

- ¡Son ulanos!-exclama.

En efecto: son ulanos. Como hoja arrancada por el vendaval, se desvanece la suprema esperanza. Los sobrevivientes del 2.º Escuadrón del 16.º de Dragones están totalmente rodeados.

Villedume hace dar medía vuelta a sus hombres, aunque sin hacerse mayores ilusiones sobre el resultado de su manobra. No es cuestión de huir al galope, ni aun al trote; los caballos no dan más. No puede hacerse otra cosa que alejarse al paso y esperar el choque de los perseguidores, el aniquilamiento final.

Pero...¡Oh asombro! En lugar de cargar y barrer a este puñado de fugitivos, estos 20 dragones fantasmas, que apenas se tienen en pie, los ulanos, que pasan de 100, rehúsan atacar. Desde la iniciación de la guerra, el ascendiente de nuestra caballería sobre la alemana era tal, que ésta ha preferido abstenerse. Después de los primeros encuentros, ulanos,

dragones, cazadores, coraceros y húsares de la muerte han reconocido, nada más que a golpes de lanza y sable, a sus viejos adversarios de Eylau, Friedland, Saalfeld y Jena, o también, ¡de Ville-sur-Yron! Son tradiciones que no podrían desaparecer.

Ahora, los ulanos guardan la distancia, como aquellos que anteriormente habían escoltado al Escuadrón de Gironde, sin osar atacarlo. Han echado pie a tierra y a 800 metros abren el fuego contra las espaldas de nuestros hombres. Por el apresuramiento, tiran mal.

Villelume agita el sable por encima de su cabeza. Es la señal para desplegar con amplios intervalos. El movimiento es ejecutado al paso, bajo las halas. Hombres y caballos ascienden lentamente por un glacis descubierto, largo como un calvario, con una tranquilidad tan insolente como involuntaria, pero que allí abajo debe exasperar a los tiradores, a juzgar por el desordenado retumbar de sus disparos. Nubecillas de polvo

se levantan por todas parte, alrededor de los jinetes franceses.

Ronin revive en ese instante un episodio semejante, que se desarrolló poco tiempo antes, en lo más álgido de la persecución, y que llevó nítidamente el sello de Gironde. En efecto: el escuadrón, rodeado por todas partes, trataba de ganar el bosque, cuando, repentinamente, surgió entre los trigales una sección de infantería, haciendo llover sobre ellos una granizada de proyectiles. Hubo, entonces un instante de vacilación al deshacerse las filas.

Comprendiendo Gironde que el terror se apoderaba de sus hombres y que ya estaban listos para desbandarse, habíase quitado la pipa de la boca, dejándola caer intencionalmente. En seguida, detuvo al escuadrón, manifestando que necesitaba encontrar su pipa antes de proseguir. Todos comprendieron. Los dragones se miraron. Todos se detuvieron tranquilizados y nuevamente en la mano de su jefe. Varios, de ellos echaron pie a tierra. La pipa fue hallada, bajo una lluvia de balas. Gironde se la llevó tranquilamente a la boca y el escuadrón reanudó la marcha.

Gironde no está más allí; pero su recuerdo vive en el corazón de cada uno de sus hombres. Todos llevan impreso en el alma el ardiente sello del jefe desaparecido.

Lo mismo que esa vez, tampoco ahora ha sido tocado ningún hombre ni caballo.

Finalmente una cresta del terreno los oculta. En suave pendiente, la falda de la loma desciende hacia una aldea, cuyo campanario se levanta a menos de dos kilómetros. Es Saint-Etienne, que Villelume y sus hombres atravesaron hace poco y que, de buena o mala gana, les es preciso volver a alcanzar. Es el único rincón libre aun, en la malla que se va cerrando poco a poco sobre ellos.

¡Ah! ¡Si pudieran alcanzar la localidad, antes de que los ulanos llegasen; si pudieran desaparecer, confundir sus huellas, disimularse en las casas, enterrarse en lo más profundo

de los sótanos, pudiera ser que el enemigo, en su precipitación, se engañase, pasara de largo y perdiera la pista!,... Porque en Ronin y en Villelulle, la energía es, en cuanto a esto, indestructible; su fe y el ardor de su juventud son tan extraordinarios que, aun en una situación sin salida, quieren forzar todas las posibilidades.

EN UN SÓTANO

La localidad ha sido alcanzada. No ha transcurrido un cuarto de hora, cuando ya todos han desaparecido en los establos y en las casas, mediante la ayuda de los habitantes. Villelume ordenó a sus hombres vestir de civil y permanecer ocultos. Solamente él y Ronin conservarán sus uniformes de oficiales. Si el enemigo descubre el ardid, podrán así presentarse vestidos, con la insignia de su grado y asumir la responsabilidad. Si son fusilados, al menos sus hombres se salvarán.

Villelume y Ronin son los últimos en ocultarse. Apenas tienen el tiempo justo para penetrar en un sótano aislado, tipo bodega, cavado al borde del camino, a la entrada del pueblo y cerrar la puerta tras ellos. Los ulanos llegan de todas partes. Han seguido la huella bien fresca del pelotón, jaloneada por nuevos caballos caídos por agotamiento. Como Villelume lo

esperaba, atraviesan rápidamente Saint-Etienne, se informan muy ligeramente, recurriendo a los habitantes y desaparecen hacia los bajos del Vandy, donde creen firmemente que se han refugiado los franceses.

Cuando se extinguió el ruido del galope, ambos oficiales, extenuados por el cansancio y las emociones, se echan sobre el piso y se duermen profundamente.

La cueva que les sirve de refugio es semejante a todas las del Soissonais. Es lo que en la región llaman una *creute*, especie de caverna horadada en la piedra, no debajo de las casas, sino aparte y, en general, al borde de los caminos. Cada familia posee la suya y guarda en ella sus vinos, granos y herramientas. Las de Saint-Etienne, como las de todas las poblaciones invadidas, fueron registradas por las tropas alemanas desde los primeros días. Si quedan en ellas pajas y papas, no ocurre lo mismo, en cambio, con el vino. Las botellas fueron llevadas y señalan ahora los caminos de invasión.

Efectivamente: en todo lo que la vista alcanza, a lo largo de los más insignificantes caminos, centellean al sol innumerables botellas vacías, arrojadas a cada lado sobre las cunetas, en dos filas continuas que se pierden en el horizonte. De Verdún a Compiègne y, especialmente, en Champagne, en todos los caminos que corren de norte a sur, esas botellas ofrecen uno de los más prodigiosos espectáculos, que espera a los vencedores del Marne. Esas botellas vacías serán elocuente testimonio del punto alcanzado por el avance alemán.

La cueva donde se han refugiado Villedume y Ronin, pertenece a una valiente familia de Saint-Etienne, la familia Bouland, Es el mismo Bouland, un viejo imponente, quien los ha conducido allí. Además; alberga en su propia casa a 2 dragones, vestidos de civil, y a 2 caballos, cuyos equipos y monturas han sido enterrados.

*

* *

A la mañana siguiente, 11 de septiembre, al aclarar, un brusco rodar de arzones y piezas de artillería despierta a los dos oficiales franceses, que han dormido sin interrupción desde la víspera a mediodía. El ejército alemán está en plena retirada.

Sin hacer ruido, ambos se aproximan a la puerta, que han transformado en una barricada, del mejor modo que les fue posible. A través de las planchas mal unidas, observan con los ojos desmesuradamente abiertos. Una columna de artillería con los caballos completamente cubiertos de polvo, desfila delante de ellos. Los hombres, con su casco encajado, parecen fatigados. Dormitan en sus caballos o en los arzones. Pasan tan cerca, que no escapa a Villedume y a Ronin un solo detalle de sus fisonomías.

De pronto, resuena una orden ronca, que se transmite de hombre en hombre y la columna se detiene. ¿Qué significa eso? ¿Van a acantonar en Saint-Etienne y penetrar, por lo

tanto, en las casas y sótanos? ¿O se trata simplemente de un alto horario? Los dos oficiales sienten latir su corazón con violencia.

Los artilleros han echado pie a tierra. Se les ve desentumecer las piernas, mientras los caballos resoplan.

¡Cuidado! Un gigante, que lleva en el cuello las insignias de suboficial, se dirige hacia el sótano. Sin duda, tiene la esperanza de hallar todavía alguna botella.

¡Hele aquí! Ya llegó y su mano hace girar el picaporte de la puerta. Villelume y Ronin se apoyan contra ella, con todas sus fuerzas, conteniendo la respiración. Sorprendido el suboficial alemán de esta resistencia y sospechando algo anormal, deja el picaporte, empuña el borde superior de los tablones de la puerta, que no alcanza hasta la bóveda de la cueva y se iza a pulso, arrojando un vistazo, por encima de la puerta, al interior del sótano. En seguida se deja caer, lanzando una exclamación de asombro y corre a reunirse a la columna. ¡Todo se ha perdido! ¡Villelume y Ronin han sido descubiertos!

Muy pronto se expande un gran tumulto en las filas enemigas. No queda ya ninguna probabilidad de salvación para los dos franceses. Un pelotón está formando y aprestándose para venir a apoderarse de ellos.

¿Qué pueden hacer éstos?

En pocas palabras se ponen de acuerdo. Los dos tienen la misma alma recta como una espada. la misma voluntad de

acero; son del mismo temple. Dos soluciones se les presentan: salir inmediatamente y rendirse a esta tropa, de la cual no pueden pretender escapar, lo que significa salvar la vida a cambio del cautiverio, o bien, resistir hasta el fin, hasta la muerte, apelando a los últimos cartuchos de sus revólveres: es una locura heroica, pero que Villelume y Ronin escogen sin vacilar. Es cierto que, con la primera solución, el honor estaría, sin más, a salvo. ¿Sin más? ¡Esto no basta, cuando se ha egresado de Saint Cyr y se pertenece al Escuadrón de Gironde!

Sacrificar la vida es una expresión de la que a menudo se abusa, y cuyo sentido se ha debilitado; pero en el caso presente adquiere todo su valor. Es imposible sacrificar la vida en una forma más absoluta, que la que acaban de resolver Villelume y Ronin. No hay ninguna esperanza para ellos, ¡ninguna salida! Ellos mismos han firmado su sentencia de muerte, Su gesto tiene tanto más nobleza, es tanto más grande, cuanto que ellos morirán allí, ignorados, sin espectadores ni testigos, ¡Nadie sabrá jamás nada! Pero, por lo menos, ellos sucumbirán sin desfallecimiento, frente a sus enemigos. Y en el espíritu alemán el título de oficial francés conservará intacto su prestigio secular. Ellos no arrojarán ninguna sombra sobre su reputación; no lo empañarán, sino que le darán mayor brillo. Es el único objetivo que tienen los dos.

La cueva, a decir verdad, presenta dos salidas, dos puertas,

una al lado de otra; ambas se abren sobre el camino. Las dos están igualmente mal cerradas por tablones desunidos y carcomidos. La resistencia resultará irrisoria. ¡No importa! Empuñando sus revólveres Villelume y Ronin se instalan cada uno detrás de una puerta.

Allí esperan ...

Transcurre un tiempo, que se les hace extremadamente largo. Finalmente, se escuchan numerosos pasos, que se aproximan. Fuertes culatazos retumban sobre las puertas. Una voz, de acento áspero, grita en francés:

- ¡Ríndanse ustedes!

Sin responder, Villelume y Ronin han levantado sus armas. Violentos golpes llueven sobre las dos puertas a la vez. La que atiende Villelume cede la primera, con gran estrépito: Un oficial alemán, con el revolver en la mano, entra seguido de algunos hombres. Villelume se yergue ante él y de un balazo lo tiende sin vida.

El oficial cae al interior de la cueva; sus hombres, asustados, huyen abandonando a su superior. Pero esto significa el fin. Villelume y Ronin están irremediablemente perdidos.

Se precipitan hacia las puertas y vuelven a cerrar lo mejor que pueden la que había cedido, reforzándola con maderos, herramientas, en fin, con todo lo que encuentran a mano.

Al lado de la puerta y contra la bóveda, hay un hueco que sirve de tronera. Desde allí se ve el camino y, en cierto modo,

domina el acceso al sótano. Ronin se instala allí.

Poco después, un suboficial, al frente de un pelotón de artilleros, se precipita hacia la entrada de la cueva. No alcanza a llegar, cuando rueda sobre el polvo, muerto en el acto. Ronin vuelve a hacer fuego una segunda y una tercera vez. Tira a quemarropa. Dos hombres caen, uno tras otro, sobre el cadáver del suboficial.

Los demás se retiran precipitadamente y se reúnen a la columna, siempre detenida a algunos pasos del camino. Inmediatamente después, una granizada de balas cae sobre los tablones de las puertas y sobre la improvisada tronera. Villelume y Ronin, que se guarecieron tras el muro, no son alcanzados. Pero su vida no vale más por eso. En pocos minutos más serán muertos, no lo ignoran, y sus ojos contemplan en la oscuridad la decoración que los rodea en sus últimos momentos: una cueva, telarañas, instrumentos de labranza, palas, picos, una bóveda baja ... ni un pedazo de cielo.

¡Ellos, tan llenos de vida, tan jóvenes, tan entusiastas y que siempre se habían preparado para esta guerra, para esta gran revancha ... venir a sucumbir así!

Sin embargo, afuera se ha hecho un silencio. ¿Qué prepara el enemigo? Villelume y Ronin no se atreven a mirar por la tronera. Escuchan, sí, los mil ruidos de las columnas de artillería en descanso, el sonido de las cadenas de los atalajes, el martillar de los cascos de los caballos en la calzada, las

conversaciones de los hombres, llamados; pasos rápidos, etc.

Vuelven a golpear en la puerta. ¿Es un nuevo asalto? Ronin se aproxima a la tronera, pero se detiene estupefacto.

Voces francesas se dejan oír a través de los tablones, voces que imploran:

- ¡Ríndanse ustedes! ¡Ríndanse, sino seremos fusilados!

Los propietarios del sótano están allí. Los alemanes fueron a buscarlos y se sirven de ellos como de un escudo viviente. Son cuatro: dos ancianos, un cojo y una mujer. Villelume y Ronin los reconocen: es toda la familia Bouland.

- ¡Ríndanse ustedes! - imploran las voces, -o vamos a ser fusilados!

Los dos oficiales no pueden concebir un asesinato semejante, y temen que se trate de un ardid, para decidirlos a salir.

No quieren caer en la trampa, y repiten que no se rendirán; ¡se defenderán hasta el fin!

Las lamentaciones y las vociferaciones hacen eco a sus palabras. Golpes sordos y gemidos acompañan a los pasos que se alejan. Aplastados contra el muro, Ronin y Villelume esperan, revólver en mano y con el corazón palpitante. Viven minutos atroces... ¡Si fuese cierto, a pesar de todo! ¿Y si ahora el estampido de una descarga les hiciera saber que uno de esos desdichados ha sido pasado por las armas?...

Mas no, He aquí otra vez los pasos que vuelven.

A través de las rendijas, Ronin observa. La misma escena odiosa comienza nuevamente.

Los propietarios del sótano son conducidos en forma violenta por los enemigos, que se colocan detrás de ellos. Ahora no son más que tres: un viejo, el cojo y la mujer, Bouldand ha desaparecido.

Los tres rehenes lloran. Sus voces se vuelven suplicantes:

- ¡Por última vez, ríndanse ustedes! ¡Nos van a matar a todos! Nuestro padre ya está atado y será fusilado inmediatamente, si ustedes no salen. Después nos tocará a nosotros. ¡Tengan piedad de nosotros!

Esta vez los dos oficiales franceses no pueden dudar. Comprenden que no se trata de vanas amenazas.

Tienen que vérselas con adversarios implacables. En voz baja se consultan.

- Salir o quedarse-dice Ronin- es la muerte. Salir significa la muerte inmediata, a la luz del día. Quedarse es ganar algunos minutos y perder, en cambio, a estos inocentes. ¡Más vale salir!

El sacrificio está resuelto.

Villelume y Ronin abren la puerta y se muestran a la luz, esperando la descarga que los ha de fulminar. Caminan así algunos pasos hacia adelante. ¡Milagro! No han tirado todavía. Ciento cincuenta artilleros apuntan sus carabinas, cuyos cañones convergen hacia los dos oficiales. La voz de mando que hará sonar la descarga no se ha hecho oír aún. Antes de que les fueran arrebatadas sus armas, Villelume y Ronin

arrojan con desdén sus revólveres a los pies de los alemanes.

Un capitán avanza, empuñando una *parabellum* con aire amenazador.

- ¿Dónde están sus hombres?- interroga en francés.

- No tenemos tropa. Estamos solos responde Villelume.

El capitán lo mira estupefacto. Igualmente, contempla a Ronin. Apuntándoles con el revólver examina atentamente a estos dos niños vestidos de oficiales, con la cabeza descubierta, su cuello blanco, su delgado galón y sobre la aplicación de paño el número del regimiento, bordado en hilo de plata: 16.º de Dragones. ¡No! No puede dar crédito a lo que dicen. Una resistencia de esa magnitud revela que la cueva estaba fuertemente ocupada. ¡Eso de haber sido tenidos en jaque solamente por estos dos adolescentes es inadmisibile! ¡Imposible!

- ¡Haga salir a sus hombres!- insiste en tono violento.

- No hay nadie. Somos nosotros solos - repite Villelume con calma.

Con un ademán, el capitán ordena revisar el sótano; que se verifique la inverosímil afirmación.

Varios artilleros, al mando de un suboficial, se arriesgan y penetran en la cueva, en cuyo umbral yacen cuatro cadáveres de uniforme gris. Pocos segundos después vuelven a salir.

¡Es verdad! ¡No hay nadie!

Entonces, el capitán deja estallar su cólera. Está furioso por haber sido burlado así y puesto en ridículo.

Blandiendo su revolver delante de los ojos de sus dos adversarios, les enrostra:

- ¡Está bien! ¡Ustedes serán fusilados inmediatamente, por haber agredido cobardemente al valiente Ejército alemán mientras descansaba!

Un pelotón armado escolta a Villelume y Ronin, conduciéndolos ante el general comandante de la artillería.

Al pasar, los dos oficiales franceses son testigos de una escena horrible. La granja de Bouland, a quien pertenece el sótano que abrigó a los franceses, está envuelta en llamas. Los soldados enemigos la han incendiado. Allí perecen quemados los dos dragones y varios caballos que se ocultaban en ella.

*

* *

El general comandante de la artillería, impresionado por el coraje y la juventud de los dos subtenientes que han traído a su presencia, los observa en silencio. A su alrededor, todos esperan. Él no puede decidirse a enviarlos a la muerte. Se niega a cargar en su conciencia con ello y ordena que sean

conducidos al cuartel general del ejército, a Soissons. Allí se les juzgará...

Esa misma tarde, mientras todos los caminos son surcados por columnas en retirada, Villelume y Ronin son transferidos a Vie-sur-Aisne, adonde llegan después de una penosa jornada. Arrojadados a un calabozo, pasaron toda la noche, bien custodiados, esperando su ejecución, pues se les confirmó que serían fusilados.

El 12 de septiembre al aclarar, se escucha el ruido de las culatas de los fusiles en las baldosas. Algunos hombres armados penetran en el calabozo. Un suboficial lleva en la mano una orden escrita.

¡Vamos! ¡Esta vez es el fin! Los dos oficiales se han erigido; han comprendido que ha llegado su última hora.

Pero, no se trata de eso. El pliego que les tiende el suboficial es una orden de gracia y, a la vez, de camino hacia el cautiverio.

Villelume y Ronin franquean el umbral de la prisión y dan sus primeros pasos en el doloroso camino del exilio (1).

(1) Es interesante hacer constar que los tres oficiales sobrevivientes del Escuadrón de Gironde, que escribió esta página gloriosa y destruyó la escuadrilla enemiga en Vivieres, ingresaron a la aviación.

El primero fue el subteniente Kérillis, quien, después de curar de sus heridas, obtuvo su brevet de piloto, a principios de 1915, y se hizo célebre por sus éxitos resonantes, como el bombardeo de represalia de Kar isruhe (raid de una gran temeridad. para la época).

El subteniente Villelume, después de fracasar en varias tentativas, logró evadirse de Alemania, y en cuanto entró en Francia solicitó también su ingreso en la aviación, en la que su maravillosa audacia lo llevó a

ser uno de, nuestros más brillantes jefes de escuadrilla.

El subteniente Ronin no consiguió evadirse. Todas sus tentativas fracasaron y los alemanes llegaron a considerarlo un adversario intratable y peligroso, sufriendo por ello los más duros tratos.

Librado, finalmente, por el armisticio, ingresó también en la aviación, donde sirve actualmente, en el cargo particularmente brillante de comandante de grupo de escuadrillas de bombardeo nocturno. en la frontera del Este.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL JEFE

Después del ataque del escuadrón del 16.º de Dragones, que le destruyó sus aviones e infligió tan sangrientas pérdidas, la escuadrilla alemana de la meseta de Mortefontaine, salvada por los ciclistas, permaneció toda la noche en alarma. A las primeras luces del alba, comprobó los estragos y recogió sus heridos. Después levantó el campamento y desapareció. Se llevó todo, incluso sus muertos y los aparatos destruidos (1).

En cuanto a los franceses muertos, los sepultaron en el mismo lugar. Los alemanes de esta escuadrilla fue comprobado - se destacaron por su coraje y, en ese concepto, rindieron homenaje al de sus adversarios. En una tumba común reunieron a todos los dragones muertos en el curso del combate y se tomaron el tiempo necesario para construir y plantar una gran cruz de madera en su memoria.

(1) Con excepción de dos, que quedaron en ese lugar hasta el verano de 1915, atestiguando la violencia de este combate.

Cuando a la mañana siguiente los habitantes de Vivières, con el alcalde, M. Hermand, a la cabeza, escalaron la desierta meseta, descubrieron con el corazón oprimido esa tumba y la gran cruz en la que se leía, trazada a lápiz tinta, la siguiente inscripción en lengua alemana:

Aquí descansan el teniente Gaudin de Villaine y los valientes dragones del 16.º Regimiento, muertos por su patria.

*

* *

En el gran salón del castillo de Vivières, se ofrece un espectáculo impresionante.

Después de haber sido metódicamente inspeccionado y preparado, se ha instalado en él un hospital de campaña alemán. Desde hacen 10 días funciona sin cesar. Numerosos heridos del ejército Von Kluck lo llenan, procedentes de los sectores de Crepy, Beltz, y Mareuil. A lo largo de los pisos de madera han arrojado colchones, paja y frazadas. Los muebles se hallan repletos de cubetas, instrumentos sanitarios y vendas. El cuerpo de médicos debió ser reforzado.

Pero esa noche del 9 al 10 de septiembre reina cierta tranquilidad. Además, no ha llegado aún aquí la orden de retirada. Se espera, por momentos, la noticia del aniquilamiento del Ejército francés y de la entrada triunfal en París. También aquí corre el champagne a torrentes, en medio del trabajo continuo y del quejido de los enfermos. Sobre las mesas,

sobre los mármoles de la chimenea y en las sillas las copas se codean con las botellas de gollete dorado.

El castillo de Vivières pertenece a Henri Bataille. Levanta su fachada de color claro, casi al borde del bosque de Villers-Cotterêts, cuyas arboledas ofrecen, delante de las escalinatas, un majestuoso panorama: uno de los más bellos paisajes de Francia.

Con el corazón desgarrado, Henri Bataille lo abandonó en el último momento, ante la amenaza de la invasión. Ahora, en las habitaciones, en la amplia escalera, en las avenidas del parque, alrededor del estanque donde nadan los cisnes, cerca de la estatua de Diana con su cervatillo sobre las espaldas, por todas partes donde se evocan las sombras de tantos personajes nacidos de los sueños del ilustre escritor de *Madame Colibrí*, de la *Marche nuptiale*, resuenan las pesadas botas alemanas. No obstante, el olor del fenol y del cloroformo no logran esfumar el suave perfume del recuerdo ni el aroma de la invisible presencia de Yvonne de Bray, a quien agradaba venir tan a menudo a Vivières...

Son las cinco de la mañana. Tras de los vidrios se percibe un día descolorido. La claridad de las bujías y de las malas lámparas a petróleo, que alumbran la escena, se torna más amarillenta.

En un rincón del salón, fueron depositados, sobre la paja y entreverados, los heridos alemanes y franceses recogidos en la meseta de Mortefontaine, que una ambulancia atalajada con dos caballos acaba de traer. El alcalde de Vieres, M Hermand, su hijo y numerosos habitantes de la localidad

vieron pasar este vehículo y reconocieron con espanto, bajo el toldo, los uniformes de los dragones. Es esta la causa que los llevó al lugar donde se desarrolló el combate y donde se hallaron con la cruz.

En un ángulo del salón del castillo, sentados a la mesa, los médicos comen y beben. Al llegar los nuevos heridos hacen un gesto de disgusto. ¿Todavía todos estos heridos? ¡Y, encima, franceses!

No obstante, uno de ellos se levanta. Es el jefe del servicio. Grueso, rubicundo, aprisionado en un dolman, con su cigarro en la boca, se aproxima a los heridos y observa a través de los gruesos cristales de sus lentes. Delante de él se halla tendido un oficial francés, junto con sus hombres; un suboficial, algunos brigadieres y varios soldados (1).

El oficial tiene dos galones sobre las bocamangas, un alto cuello blanco y hombreras con ribetes galoneados de plata. Su tez tiene el color de la cera. Su respiración es dificultosa. Tiene cabellos rubios, echados hacia atrás, y grandes ojos azules de mirar fijo, aunque vivaz. Bajo la blusa abierta, se ve la camisa empapada en sangre.

Es Gastón de Gironde.

No ha muerto todavía. Los camilleros alemanes lo recogieron al despuntar el día, en el mismo sitio en que lo acostó Kérillis. Ni una queja escapó de sus labios. En este momento

(1) Allí están: Créty, Gruel, Dudit, Roussel, Fontenay y varios otros.

se encuentra en pleno conocimiento.

¡Él, el último caballero, el cadete de Gascuña, apasionado del ideal, cuya morada se levanta a más de 200 leguas al sur, en Castillonnes, no lejos de Bergerac, ha venido a morir aquí en el corazón de Francia, entre blancos rosales, bajo los dorados artesonados de *Poliche!*

Sus ojos, fijos en la ventana, tendrán por horizonte postero la copa de los árboles que sombrean el valle que vio nacer a Racine. Recibirán la luz suprema de este bosque de Villers-Cotterêts, de Alejandro Dumas, donde un día se levantaron, para su inmortal cabalgata, sus auténticos hermanos: D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis. Así es el Destino...

El jefe del servicio sanitario se inclina y examina rápidamente a los heridos. Cuando llega el turno a Gastón de Gironde, que está tendido junto al ángulo de la chimenea, le toma el pulso, que late casi imperceptiblemente, y luego deja caer la mano inerte, diciendo con un gesto de indiferencia:

- Éste no tiene más necesidad de nada. No hay nada que hacer. Está perdido (1).

Y volvió a sentarse a la mesa, a vaciar su copa de champagne.

Sin duda, Gironde podría ser salvado todavía; pero morirá abandonado y sin cuidados. Su agonía sólo será endulzada por la presencia de sus hombres.

(1) Testimonio del brigadier Gruel, que habla corrientemente el idioma alemán.

Esto no impedirá a los alemanes, con ese sentimentalismo extraño en su barbarie, y que es propio de ellos, tener buen cuidado de dar de comer diariamente a 50 patos blancos; pertenecientes a Henri Bataille y de los que sólo han matado uno, Más aun: el día de su partida, llevarán su romanticismo hasta abrir la puerta de la pajarera a las palomas preferidas del gran autor dramático, para que no se mueran de hambre, de esas palomas llamadas *de la puñalada*, de patas rosadas, plumaje inmaculado y que deben su nombre, doblemente simbólico en este momento, al estigma rojo, imborrable, impreso en su garganta.

Gironde ha escuchado la frase pronunciada sin cuidado y en voz alta por el médico alemán. Sin duda, la ha comprendido.

En un último esfuerzo, vuelve la cabeza hacia el brigadier acostado cerca de él. No lo distingue bien. Le pregunta su nombre y en un soplo murmura, silabeando:

- Adiós, Cruel...tú volverás allá...Volverás a ver algún día al coronel... tú le dirás que los del escuadrón murieron como valientes...

Estas fueron sus últimas palabras.

El 13 de septiembre, cuando los Cazadores a Caballo entraron en Vivières, encontraron su tumba junto a la del brigadier Créty, sobre el césped del castillo, a pocos metros de la escalinata.

Esa tumba monta la guardia en el camino de la victoria.

NÚMEROS PUBLICADOS

(Advertencia. Los volúmenes publicados con asterisco están agotados)

- * Volumen I - *Nuestros suboficiales en la guerra*. Novela militar traducida del alemán por el señor Bruno Blankenheim. Tomo I.
- * Vol. 2 – *Reglas prácticas para la instrucción del centinela doble*. Recopilación del mayor Carlos H. Rodríguez.
- * Vol. 3 – *Nuestros suboficiales en la guerra*. Tomo II.
- * Vol. 4 – *Temas tácticos para suboficiales*. De Immanuel. Traducido del alemán por el subteniente Julio A. López.
- * Vol. 5 – *Nuestros Suboficiales en la guerra*. Tomo III.
- * Vol. 6 – Id Tomo IV
- * Vol. 7 – *Apresiasi3n de distancias* - Por el, teniente 1.º Humberto So-sa Molina . – *Guía para la instrucción en el servici de patrullas decaballería*. Por el capitán Paul Ludendorff. - *Recopilaci3n de las Directivas para Artillería*, dadas por el genera] de brigada Tomás Vallée.
- Vol. 8 – *Obligaciones del encargado de dep3sito de elementos provistos por la Direcci3n General de Arsenales de Guerra. Directiva sobre limpieza , lubricaci3n y conservaci3n de elementos*. Por los tenientes primeros Eolo Piovano y Eduardo Pasqués – *El suboficial de tiro*. Por el Mayor von Halleben - *Instrucci3n de los exploradores como base del desempeño de la caballería de campaña*. Por el teniente De Vera.
- * Vol. 9 – *Azabache. Historia de un caballo contada por el mismo*. Por Ana Sewell.
- * Vol. 10 – *El arte de mandar*. Por el capitán franc3s Andr3s Gavet. – *Orden abierto*. Por el mayor alemán Krafft.
- Vol. 11 – *Ejercicios de Secci3n y de Compañía desarrollado en el terreno*. Por el mayor Emilio J Álvarez.
- * Vol. 12 – *Narraciones militares*. Por Edmundo de Amicis.

- * Vol. 13 – *Los primeros cien mil*. Por el mayor Ian B. Hay Beit, del Ejército británico. Traducido del inglés por el teniente Guillermo Mac Hannaford.
- * Vol. 14 - *Narraciones militares*. Por los tenientes primeros Eduardo Pasqués Malmierca y Eolo Piovano.
- * Vol. 15 - *Bajo la tormenta de acero*. Por el teniente Ernst Jünger. Traducción del teniente Julio A. López.
- * Vols. 16-17 – *Ejercicio corporales (R. C.). Reglamento de Gimnasia Alemán para el Ejército y la Armada del 27 de octubre de 192°*. Traducido en la Escuela de Suboficiales.
- * Vol. 18 - *La Última carta escrita por soldados franceses caídos en el campo de honor* (1- 14 - 1918). Traducción de la señora Rosa Gabriela Valdes López de Miró.
- * Vol. 19 – *Páginas de Historia* - Por el teniente general Bartolomé Mitre.
- * Vol. 20 – *Juvenilia* - Por Miguel Cané.-*Narraciones y boceto militares*. Por el mayor Francisco S. Torres, Félix San Martín y M. C. Torres Ibáñez.
- * Vols. 21-22.-*Las luchas fratricidas y contra los indios antes y durante la guerra del Paraguay* (1861 – 68). Por el teniente coronel Jorge B. Crespo - *Pichi Calquín*. Por M. C. Torres Ibáñez.
- * Vol. 23 - *De los tiempos heroico* - Por Juan .José Biedma.
- * Vol. 24 - *El peregrino entre ambos mundos*. Por Walter Flez.
- * Vol. 25 – *Martín Fierro*. Por José Hernández.
- Vol. 26 -*Las hazañas del brigadier Gerard*. Por A. Conan Doyle.
- Vol. 27 –*Hazañas y aventuras del brigadier Gerard*. Por A. Conan Doyle.
- Vol. 28 – *Episodios del sitio Montevideo*, Por Félix San Martín.
- Vol. 29 – *Un viaje al país de los matreros*. Por José S. Alvarez (Fray Mocho).
- * Vol. 30 - *La Obra Nacional*. Por el doctor Honorio J. Senet. Tomo I.
- * Vol. 31 - *La Obra Nacional*. Por el doctor Honorio J. Senet. Tomo II.
- Vol. 32 - *Fausto*. Por Anastasio el Pollo (Estanislao del Campo). *Desolación*. Por José Balach.

- Vol. 33 – *Una excursión a los indios ranqueles*. Por Lucio V. Mansilla. Tomo I.
- Vol. 34 – *Una excursión a los indios ranqueles*. Por Lucio V. Mansilla. Tomo II.
- Vol. 35 - *Joyas oratorias y poéticas* De Belisario Roldán.
- Vol. 36 – *Serias y humorísticas*. Por Bartolomé Mitre y Vedia.
- * Vol. 37 - *Cuando Isoline regrese*. Por Emilio Héctor Brunengo Dallyer.
- Vol. 38 – *Conocimientos útiles para los oficiales de aprovisionamiento (Instrucción del estanciero)* Por José Hernández.
- * Vol. 39 - *Entre mate y mate*. Por Félix San Martín.
- * Vol. 40 - *Painé y la dinastía de los zorros.-Relmu, reina de los Pinares*. Por Estanislao S. Zeballos.
- * Vol. 41 - *Memorias de un «poilu» del Regimiento 57 de Infantería – Los cráteres de granada de Verdún* (febrero -agosto de 1916). Por Georges Gaudy. Traducción del teniente 1.º Julio Roulier.
- * Vol. 42 - *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Por Estanislao R. Zeballos.
- Vol. 43 - *Nociones elementales de Dibujo Panorámico y Fotografía*. Por Mile.
- Vol. 44.- *Desde el Rodeo*. Por Félix San Martín.
- * Vol. 45 – *Filogenia.-La Edad de la Piedra*. Por Florentino Ameghino. Tomo I.
- * Vol. 46 - *Filogenia*. Por Florentino Ameghino. Tomo II.
- Vol. 47 - *El carácter*. Por Samuel Smiles.
- Vol. 48 - *Aguafuertes del Zoológico*. Por Clemente Onelli.
- Vol. 49 - *Trabajos premiados en el Concurso de las fechas patrias, 1928 -1929*.
- * Vol. 50 - *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*. Por el teniente coronel Manuel J. Olascoaga. Tomo I.
- Vol. 51 - *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*. Por el teniente coronel Manuel J. Olascoaga. Tomo II.
- * Vol. 52 - *Yerba buena*. Por José María Badie.
- * Vol. 53 - *Trepando los Andes*. Por Clemente Onelli.

- Vol. 54 - *Neuquén*. Por Félix San Martín.
- Vol. 55 - *Veinte temas (de grupo y agrupación de combate)*. Por el teniente José Embrioni. .
- Vol. 56 - *Patricio Lynch*. Por Ricardo Hogg.
- Vol. 57 - *Conferencias*. Por Clemente Onelli.
- Vol. 58 - *Recuerdos históricos. San Martín y Bolívar. (Entrevista de Guayaquil)*. Por el coronel Jerónimo Espejo.
- * Vol. 59 - *La conquista de quince mil leguas*. Por Estanislao S. Zeballos. Tomo I.
- Vol. 60 - *La conquista de quince mil leguas*. Por Estanislao S. Zeballos. Tomo II.
- Vol. 61.- *Fortificación de campaña*. Por el mayor Pablo Berretta.
- Vol. 62 - *Compendio de las campañas militares argentinas más importantes realizadas desde 1810 hasta nuestros días*. Por el Mayor Félix Best. Tomo I.
- Vol. 63 - *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo «General San Martín»*. Por el teniente 1.º H. M. Torres Queirel.
- Vol. 64 - *Mis montañas*. Por Joaquín V. González.
- Vol. 65 - *Petroleun*. Por Luís A. Amalfi.
- Vol. 66.-*La novela del mar*. Por el contraalmirante Mariano F. Beascochea.
- Vol. 67 - *Instrucción cívica.- La Constitución Nacional aplicada artículo por artículo*. Por Carlos A. Novaro (hijo).
- Vol. 68.-*Compendio de las campañas militares argentinas más importantes realizadas desde 1810 hasta nuestros días*. Por el teniente coronel Félix Best. Tomo II.
- Vol. 69 – I. *Guía para el oficial instructor de servicio en campaña de caballería durante el período individual*. Por el teniente 1.º Apolinario López.- II. *Ayudamemoria del jefe de la ametralladora pesada en el combate*. Por el teniente Alberto E. Lammirato.
- Vol. 70 - *Hojarasca*. Por el teniente' coronel (R.) Pablo Peralta. *Burbujas marcianas*. Por Cabo D. Cuarto.
- Vol. 71 - *Cartilla de Sanidad*. Por el Dr. Walter Kalier.
- Vol. 72 - *La guerra al malón*. Por el comandante Prado.

- Vol. 73 - *Compendio de las campañas militares argentinas más importantes realizadas desde 1810 hasta nuestros días*. Por el teniente coronel Félix Best. Tomo III.
- Vol. 74 - *Menudencias lingüísticas*. Por Carlos J. Benielli.
- Vol. 75 - *Manual y guía del suboficial instructor de infantería*. I Parte. Por el mayor Julio A. López Muñiz.
- Vol. 76 - *Ejercicios de orden abierto para la instrucción de caballería*. Por el teniente coronel José M. Menéndez.
- Vol. 77 - *Instrucción nocturna. (Ideas generales)*. Por el teniente 1.º José Embrioni.
- Vol. 78 - *Conquista de la Pampa.-Cuadros de la guerra de frontera*. Por el capitán Manuel Prado.
- Vol. 79 - *Cuentos a Miguel*. Por María Angélica Méndez Caldeira. Tomo 1.
- Vol. 80 - *La sección de ametralladoras pesadas en el combate*. Por el teniente Alberto E. Lammirato.
- Vol. 81 - *Curso de pilotaje de aviación*. Por el teniente 1.º Gustavo A. Hermansson.
- Vol. 82 - *Cuentos a Miguel*, Por María Angélica Méndez Caldeira. Tomo II.
- Vol. 83 - *La batalla de Chacabuco*. Por el mayor Antonio C. Paladino.
- Vol. 84 - *Compilación de anécdotas militares*. Por el subteniente Juan Carlos Cordini.
- Vol. 85 - *Zapadores pontoneros en el combate. Temas de grupo y sección*. Por Tiemann.
- Vol. 86 - *El escuadrón de Gironde*. Por Rene Chambe.